

LA LEY DE LA MUERTE EN VIDA

CLARK CARRADOS

La voz de Hattie se hizo opaca, casi ininteligible. Algo saltó de su boca, rebotó un par de veces contra la mesa y cayó al suelo.

Malone bajó la mirada instintivamente. Estupefacto, vio que se trataba de un diente. Volvió los ojos al rostro de la mujer: no había sangre en la boca de Hattie.

Un enorme pedazo de carne del brazo izquierdo empezó a desprenderse, convirtiéndose rapidísimamente en un líquido espeso, repugnante, que despedía un olor insufrible. Sus facciones desaparecieron; era como si se tratase de una estatua de cera, sometida a un calor intensísimo.

Hattie permanecía inmóvil. Ya no respiraba.

El bello pecho de la joven se convirtió en una sustancia de aspecto indescriptible. Parte de sus cabellos se desprendieron. Sopló una leve brisa y los esparció por doquier.

Malone estaba aterrado.

Aquella mujer se deshacía ante sus ojos y, sin embargo, nadie parecía haberse dado cuenta de lo que ocurría.

De repente, la cabeza de Hattie, casi completamente descarnada, sin la mayor parte de su cabello, se desprendió del tronco y cayó al suelo. Rebotó lúgubremente unas cuantas veces y luego, por la leve pendiente del suelo, rodó hasta el borde de la piscina.



Clark Carrados

La ley de la muerte en vida

Bolsilibros: Selección Terror - 84

ePub r1.0
Titivillus 11.04.15

Título original: *La ley de la muerte en vida*
Clark Carrados, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El Coronet era uno más de los hoteles de gran lujo que había en Palm Beach, Miami, Florida. Kent Malone podía muy bien haberse hospedado en cualquier otro hotel, pero daba la casualidad de que el director era conocido suyo y prefirió ir al Coronet, tanto para dar a ganar dinero a un amigo como para ser bien tratado por el amigo.

Dejando de lado el lujo, el Coronet no tenía nada de particular. Era un enorme mamotreto de cemento y cristal, en forma de C y orientado hacia la playa. Tenía una docena de pisos y, eso sí, era preciso reconocer que las habitaciones estaban bien decoradas.

En el centro de la C había palmeras, césped y una colosal piscina en forma de riñón, a dos niveles, que se comunicaban mediante una especie de cascada tal vez no artística en demasía, pero sí espectacular. Una parte de la cascada era un largo plano inclinado, por el que los bañistas podían pasar de la mitad superior de la piscina a la inferior.

La piscina tenía mucho éxito. Además, estaba bordeada de infinidad de mesas, con sombrillas y cómodas sillas o hamacas. Cada mesa tenía un pequeño cuadro de mandos, con timbre para llamar al camarero, que señalaba, naturalmente, el número de la mesa, y, además, una serie de botones para unas cuantas peticiones de rutina: *whisky*, ídem con hielo, cubalibres, martinis, café caliente y café helado y un par de cosas más. De este modo, el cliente podía ahorrarse una gran cantidad de tiempo en ser servido.

Malone, casi recién llegado, antes de llegar a su habitación, tuvo el primer jaleo.

El botones le precedía con su equipaje. Al salir del ascensor, oyeron una fuerte imprecación y un terrible insulto:

—¡Maldita negra!

Acto seguido, se oyó el inconfundible chasquido de una bofetada.

Malone arqueó las cejas. Delante de él había un empleado del servicio del hotel, seguramente el encargado de aquella ala, y una camarera de cierta edad, bastante gorda, con el cubo y la bayeta en una mano y la otra en la mejilla recién golpeada.

Entonces, casi como por arte de magia, surgió una mano de dedos de hierro que atenazó su muñeca.

—Eso no está bien, amigo —dijo Malone, serenamente.

Los ojos del empleado despidieron un vivísimo destello de cólera. Pero, de pronto, se dio cuenta de que su antagonista era un huésped y su expresión varió radicalmente.

—Ruego al señor me dispense —dijo, con humildad.

—Así está bien —sonrió Malone.

Los ojos de la camarera, grandes, bovinos, le dirigieron una húmeda mirada de gratitud.

—Olvidémoslo —dijo Malone—. Continúe, señora.

La camarera asintió. Malone dio por terminado el incidente y caminó hacia su cuarto. Más tarde, cuando apenas había terminado de ducharse, oyó que alguien llamaba a su habitación.

Vestido con una bata corta de baño y las zapatillas, abrió. La camarera estaba frente a él.

—Ah —sonrió Malone—. ¿Puedo servirle en algo, señora?

La mirada de la mujer había cambiado radicalmente. Ahora era más profunda, terriblemente penetrante. Malone se dio cuenta de que ella tenía algo en las manos.

—Perdóneme, señor. Soy Dhamila, una de las mujeres que limpian este piso. Le estoy muy agradecida por su intervención —manifestó—. El señor Lavery es malo, tiene un genio infernal…

—Sólo fue un pronto, mujer. Me pareció ver algo de agua en sus pantalones —sonrió Malone.

—Se los mojé sin querer. Catta también lo hizo una vez, pero ella es joven y hermosa y pagó de otra forma distinta.

—¡Caramba con el señor Lavery! —rió Malone—. Debe ser todo un conquistador.

—Es el producto del cruce de un lobo sarnoso y una perra tísica —dijo Dhamila—. Pero no hablemos más de él. Yo quería expresarle mi agradecimiento con algo más que con simples palabras.

—Vamos, vamos, Dhamila; lo que he hecho no tiene la menor

importancia…

Los ojos de la camarera parecieron encenderse de pronto. Una luz extraña brilló en su interior. Malone se sintió muy impresionado a su pesar.

—Usted estará en peligro de muerte dentro de poco —dijo Dhamila, con voz que parecía brotar de las profundidades de la tierra. Era un clamor profético, una expresión verbal de la visión del futuro, anunciada con absoluta seguridad—. Pero usted ha ayudado hoy a la vieja Dhamila y Dhamila no ha sido jamás desagradecida con los que son buenos con ella.

Algo apareció de pronto en las manos de la camarera.

—Cuando se vea en peligro, llévelo —continuó—. No le evitará los riesgos, pero sí le salvará la vida. Y le permitirá también salvar a la persona que usted desee, siempre que ella lo merezca.

Malone se sentía estupefacto. Aquel collar de fibra vegetal…

—Con esto tendrá usted la protección de Skantha —añadió Dhamila.

Malone tenía ya el objeto en la mano. De pronto, Dhamila elevó la suya y trazó con el pulgar un signo cabalístico en la frente del huésped.

Malone sintió un extraño calor en la epidermis. Era bastante intenso, pero no resultaba desagradable, sino todo lo contrario.

Permaneció inmóvil. De pronto, se dio cuenta de que Dhamila se encontraba ya a veinte metros de distancia.

¿Cómo había recorrido todo aquel trecho sin que él lo advirtiera?

Súbitamente, sintió deseos de hablar con la anciana camarera y pedirle más detalles. Tenía treinta ágiles y musculados años y salvó los veinte metros en cuatro saltos. Pero Dhamila había desaparecido ya.

Se resignó. Volvió a su habitación, cerró la puerta y contempló el objeto que Dhamila le había regalado.

Era una cuerdecita de fibra, extrañamente bien tejida, de medio centímetro de grosor y con el diámetro justo para que pudiera pasar por su cabeza. El color era gris rojizo y estaba rematada en un eslabón, del que pendía una curiosa figurita de madera tallada; una especie de idolillo africano, de unos cinco o seis centímetros de longitud, con ojos extrañamente grandes, de color rojo muy vivo. Al

fijarse con más detenimiento, Malone observó que los ojos eran, simplemente, dos rubíes.

El ídolo tenía los brazos sobre la cabeza, unidos por las manos, formando una especie de círculo. Las piernas estaban juntas, formando una sola pieza, en la que apenas se advertía la separación de una leve entalladura, para señalar la separación entre las extremidades.

De pronto, Malone notó un olor extraño. Brotaba del amuleto. Era agradable y había, entre otras sustancias, algo de incienso. Aspiró con fuerza y, sin saber cómo, se sintió inexplicablemente confortado y optimista.

Historias del vudú y de maleficios acudieron a su mente en el acto. Muchas de ellas eran fenómenos que jamás habían tenido explicación científica. Sin embargo, determinados grupos de población del Caribe tenían una fe absoluta en tales creencias. Quizá Dhamila pertenecía a uno de esos grupos de población.

En todo caso, resultaba un ornamento bonito y agradable. Malone acabó por sustraerse al hechizo en que había caído momentáneamente y se dispuso a bajar un rato a la piscina.

* * *

Cuando cruzaba el vestíbulo, se encontró con su amigo el director del hotel.

—¿Estás bien alojado, Kent?

—Magníficamente —sonrió el huésped—. No creo que haya otro que tenga una mejor habitación que la mía.

—Tengo varias mejores, pero ¿para qué querrías tú la *suite* nupcial, si has venido solo? —dijo el director, riendo—. ¿Te han atendido bien, Kent?

Malone frunció el ceño.

—De eso quería hablarte, Bill —contestó—. Tienes un encargado de piso que se llama Lavery, creo.

—Ah, sí, Ben Lavery. En realidad, se llama Laveri, pero él ha cambiado la letra latina final por la «y» griega. Así parece más anglosajón.

—Me pareció que sería cubano o puertorriqueño…

—Creo que nació en este país, pero hijo de italianos. ¿Qué te ha pasado con Ben? ¿Ha cometido alguna inconveniencia?

—Conmigo, no, pero… Bueno, no tiene importancia; no te preocupes, Bill.

Las cejas del director se fruncieron de pronto.

—Cuéntamelo, Kent —pidió—. Lavery estaba ya aquí cuando yo me hice cargo del Coronet. Nunca me fue simpático; tengo la sensación de que está en contacto con grupos nada honestos. Soy muy liberal, por supuesto, pero no me gusta que los empleados del hotel se mezclen en asuntos sucios.

Malone se echó a reír.

—¡Pero si no se trata de un asunto delictivo! Únicamente…, bueno, se mostró un tanto impertinente al reprender a una camarera… Yo le reprendí a mi vez; si la mujer había cometido una falta, podía decírselo con mejores modos, eso es todo.

CAPÍTULO II

Estaba sentado en una cómoda hamaca, junto a una mesa, situada a poca distancia de la piscina, pero en el nivel inferior. De este modo podía ver a los bañistas de ambos sexos que bajaban resbalando por el tobogán. El director del hotel tenía razón: abundaban las mujeres hermosas.

En cambio, escaseaba la tela en los trajes de baño femeninos. Malone se sintió encantado de haber elegido el Coronet para sus vacaciones. Allí podía tener todo lo que deseaba: un descanso plácido y sin perturbaciones molestas… y también un poco de diversión, cuando empezase a aburrirse. Pero durante dos semanas, se relajaría de un modo total, sin tener que preocuparse en absoluto del trabajo.

De pronto oyó una voz femenina que pronunciaba su nombre:

—Señor Malone.

El joven se volvió. Delante de él había una mujer de figura escultural y cabellos negros, ataviada con un bikini azul oscuro, en el que había empleada una ínfima cantidad de tejido. Era muy alta, quizá tanto como Malone, que no era precisamente un tipo de baja estatura, y tenía la piel blanquísima.

A Malone le agradó la mujer en el acto. Pero el color blanco de su piel, instintivamente, le hizo sentir un escalofrío. Demasiada blancura, se dijo.

Cortés, se puso en pie.

—A su disposición, señora.

—Soy Hattie Grogan —se presentó ella—. ¿Puedo sentarme?

Malone señaló una de las sillas. Hattie se sentó frente al joven, rígida, erecta, con las piernas muy juntas. Malone se fijó en sus ojos: enormes, profundos, con una mirada extraña y turbadora…, pero también muy hundidos en las cuencas.

—¿Qué desea beber, señora Grogan?

—Nada, gracias, no puedo beber —contestó Hattie—. Solamente quería preguntarle una cosa. ¿Conoce usted a Sweetie Callaghan?

—¡Sweetie! —repitió Malone—. Sí, claro que la conozco, aunque hace ya tiempo que no la veo… ¿Acaso usted la conoce también, señora Grogan?

—Sweetie está en gravísimo peligro, señor Malone —dijo la mujer—. Como yo. Ella puede, tal vez, salvarse. En cambio, yo voy a morir muy pronto.

Malone dio un bote en el asiento. Aquella hermosa mujer estaba chiflada, pensó.

—¡Señora! —rezongó.

—No estoy loca, si es lo que usted piensa. Señor Malone, ¿ha oído hablar alguna vez de Tower Island?

—Me suena vagamente, aunque no recuerdo…

—Sweetie está allí. Y también otras muchas jóvenes, que corren el mismo gravísimo peligro. Vaya a salvarla.

—Está bien, señora Grogan, pero ¿qué le pasa a Sweetie?

—El diablo en persona se ha instalado en Tower Island —dijo Hattie, con voz que parecía llegar de las profundidades de la tierra —. Burl Deane es un hombre infinitamente malo. Destrúyalo, destruya el mal que representa, se lo ruego. Yo pude escaparme de aquella maldita isla, pero mi cuerpo está ya corroído por el mal que acabará matándome. Evite que ello le suceda a su amiga, evite que las demás puedan morir…

De repente, Malone percibió un extraño olor.

Un gesto de desagrado se dibujó instantáneamente en su cara. Hattie sonrió con expresión de tristeza.

—Sí, *estoy pudriéndome viva* —confirmó.

Se echó hacia atrás en la silla. El olor, aunque no muy penetrante, era lo suficientemente repulsivo para afectar incluso a su estómago.

Pero trató de rehacerse.

—Señora, un médico, seguramente, podrá curarla —dijo.

—No…, ya… es tar…de…

La voz de Hattie se hizo opaca, casi ininteligible. Algo saltó de su boca, rebotó un par de veces contra la mesa y cayó al suelo.

Malone bajó la mirada instintivamente. Estupefacto, vio que se trataba de un diente. Volvió los ojos al rostro de la mujer: no había

sangre en la boca de Hattie.

Un enorme pedazo de carne del brazo izquierdo empezó a desprenderse, convirtiéndose rapidísimamente en un líquido espeso, repugnante, que despedía un olor insufrible. Sus facciones desaparecieron; era como si se tratase de una estatua de cera, sometida a un calor intensísimo.

Hattie permanecía inmóvil. Ya no respiraba.

El bello pecho de la joven se convirtió en una sustancia de aspecto indescriptible. Parte de sus cabellos se desprendieron. Sopló una leve brisa y los esparció por doquier.

Malone estaba aterrado.

Aquella mujer se deshacía ante sus ojos y, sin embargo, nadie parecía haberse dado cuenta de lo que ocurría.

De repente, la cabeza de Hattie, casi completamente descarnada, sin la mayor parte de su cabello, se desprendió del tronco y cayó al suelo. Rebotó lúgubremente unas cuantas veces y luego, por la leve pendiente del suelo, rodó hasta el borde de la piscina.

Había una mujer joven y hermosa charlando animadamente con un hombre, agarrados ambos a la barra del borde, sumergidos en el agua. La cabeza de Hattie apareció súbitamente ante ellos.

La mujer chilló. Luego, de pronto, con la boca abierta, se dejó ir hacia atrás, desmayada, mientras el cráneo de Hattie chapoteaba en las aguas.

El hombre, espeluznado, saltó fuera de la piscina y echó a correr, profiriendo gritos de demente. Decenas de cabezas empezaron a volverse hacia aquel lugar.

Unos segundos más tarde, el esqueleto de Hattie, sin su cabeza, se desmoronó. Los huesos chocaron contra el suelo con lúgubre repiqueteo.

Malone permanecía inmóvil, paralizado por el horror y el asombro. Una vez bajó la vista y vio que aquella horrible pasta que había sido momentos antes el escultural cuerpo de una mujer se deslizaba lentamente hacia la piscina.

Abajo, en el fondo, a tres metros, la mujer que se había desmayado estaba ahogándose, pero nadie se dio cuenta de ello.

* * *

Bill Dewey, el director del hotel, se sentía anonadado.

Los hombres de Sanidad habían invadido el establecimiento. La policía interrogaba constantemente a unos y a otros. Malone había contestado mil veces a mil preguntas idénticas. No, no conocía a la mujer muerta; era la primera vez que la veía.

La documentación de Hattie Grogan había sido hallada en su cuarto del hotel. Era, o había sido, modelo en Nueva York.

—Me voy a arruinar —gemía Dewey…

—Bill, tú no eres el dueño del hotel —protestó Malone.

—La gente no querrá venir aquí. Creerán que tenemos la peste, como en la Edad Media… Una mujer convertida en agua o poco menos, su esqueleto en el jardín… Otra mujer ahogada, porque se desmayó y nadie se cuidó de socorrerla…

Malone meneó la cabeza. Sí, la posición de su amigo era bastante crítica. Pero todo se olvidaría con el tiempo. Aunque el peligro de una enfermedad desconocida, que corrompía la carne humana en cuestión de minutos, una especie de putrefacción acelerada, no era de desdeñar, ciertamente.

La piscina había sido vaciada, si bien se habían tomado muestras del agua, para su análisis. El jefe de Sanidad recomendó una limpieza a fondo, con enérgicos desinfectantes. Los hombres del forense se llevaron los huesos de Hattie.

Malone quedó al fin libre. Había callado muchas cosas y no sabía bien por qué, aunque, en el fondo, deseaba evitar un serio compromiso con la policía. Por otra parte, ¿era creíble la historia que le había contado Hattie?

Estoy pudriéndome viva.

Lo había dicho Hattie. Malone tenía obsesivamente fijas en su cerebro aquellas tres palabras.

Y el olor…

Fue a uno de los bares del hotel y tomó un *whisky* doble. Luego encargó que le subieran una botella a su habitación.

¿Cuándo podría comer de nuevo?, se preguntó.

El ascensorista era de color, un hombre robusto, de pecho de barril y ojos inexpresivos. Malone se fijó apenas en él.

Anochecía. Malone entró en su habitación y, vestido como estaba, se tumbó en la cama. Pensaba…

¿Era posible que Sweetie estuviese en la misma situación que

Hattie? Y Hattie, por su parte, había dicho que Sweetie no era la única, que había más en Tower Island.

Por cierto, ¿dónde estaba Tower Island?

Tendría que averiguarlo, se dijo.

De pronto, llamaron a la puerta.

Malone, sorprendido, se dio cuenta de que estaba a oscuras. Encendió la luz y, al oír que se repetía la llamada, gritó:

—¡Ya voy, ya voy!

Saltó de la cama y se puso un cigarrillo en la boca. Cruzó la sala y abrió.

El ascensorista negro estaba frente a él.

—Señor Malone. Madre Dhamila quiere verle —dijo con voz inexpresiva.

Malone se dio cuenta de que el ascensorista debía de haber terminado su trabajo, porque ya no llevaba puesto el uniforme. El rostro del ascensorista era pétreo, inescrutable.

También sus ojos brillaban de un modo singular, fosforescente. Malone se dio cuenta de que acababa de recibir una orden y no podía incumplirla.

—Iré a ver a Madre Dhamila —contestó.

—Yo le guiaré, señor —dijo el ascensorista—. Mi nombre es Archer.

CAPÍTULO III

Archer tenía un automóvil ya antiguo, estacionado en el *parking* destinado a los empleados del hotel. Malone no disponía de coche; había llegado en avión, con intenciones de alquilar un vehículo, si lo precisaba.

El ascensorista condujo diestramente el viejo coche. Pronto salieron de las calles brillantemente iluminadas y se acercaron a otros barrios, evidentemente más modestos.

Archer frenó el coche delante de una casa de madera, de una sola planta, con porche, en el que había dos diminutas lámparas, que apenas si disipaban la oscuridad a unos pasos de distancia. Flanqueando la puerta había dos ventanas, con las cortinillas corridas, que, no obstante, transparentaban en parte la luz del interior.

—Puede entrar, señor Malone —dijo Archer—. Yo esperaré aquí.

Malone se apeó. Subió los tres escalones que conducían al porche y llegó a la puerta.

Había un gran llamador de hierro forjado, un detalle incongruente en un edificio que casi parecía una cabaña de los viejos tiempos de la colonización del Far West. Asombrado, Malone reconoció a la deidad del amuleto que Dhamila le había entregado aquella misma mañana.

Tocó con el llamador. Estaba caliente, agradablemente cálido. El golpe sonó como el de un badajo en una campana de plata pura.

La puerta se abrió por sí sola. Malone dio un par de pasos en el interior.

—Entre —dijo la suave voz de Dhamila.

Los ojos de Malone, escrutadores, acostumbrados a la observación, vieron una amplia estancia, con pesadas cortinas en las puertas que conducían al resto de la casa. En uno de los rincones, una especie de pebetero —la misma estatua de Skantha sosteniendo

un braserillo—, ardían unos carbones.

Dhamila estaba sentada detrás de una mesa con mantel que llegaba hacia el suelo. El mantel tenía un pronunciado color rojo, casi violeta. Encima de la mesa había una caja de forma oblonga, aunque con aristas muy redondeadas, de tamaño algo mayor que una caja de habanos, pero casi tres veces más gruesa.

La tapa de la cajita, levemente abombada, era de vidrio esmerilado. Al otro lado de la mesa, en pie, había un negro de unos cincuenta años, con los cabellos parcialmente blancos.

—Gracias por haber venido, Kent Malone —dijo Dhamila.

—Tú me has llamado —contestó el joven, sin saber muy bien por qué hablaba de aquella manera.

Dhamila volvió una mano hacia el hombre, que permanecía en pie.

—Se llama Pompeyo Phyles —presentó—. Pomp, éste es el joven de quien te he hablado.

Phyles hizo una leve inclinación de cabeza. Malone contestó con un gesto análogo.

—¿Lo has visto bien, Pomp? —preguntó la mujer.

—Sí, madre Dhamila. Ahora estoy seguro de que él es el hombre que rescatará a…

—Es suficiente, Pomp; me basta con que tengas la seguridad de que Jenny volverá sana y salva a tu casa. Ahora, déjanos solos.

El tono de Dhamila era suave, amable, pero encerraba un matiz imperativo que no se podía desconocer. Phyles inclinó sucesivamente la cabeza, en señal de saludo a Dhamila y a su huésped, y abandonó la sala.

Dhamila y Malone quedaron a solas. Entonces, ella se levantó y arrojó algo al pebetero.

Una intensa columna de humo perfumado se elevó en el acto.

—Siéntate, por favor —dijo Dhamila.

Malone obedeció. Ella le miró, sonriendo levemente.

—Tal vez no lo sepas —continuó, tras una leve pausa—, pero has sido elegido por el destino para poner fin a la ignominia de Tower Island.

A Malone casi no le sorprendió oír aquel nombre de labios de Dhamila. De haber sido preguntado, habría contestado que lo esperaba.

—¿Por qué he sido yo el elegido, Madre Dhamila? —preguntó.

Ella rió suavemente.

—No me des ese tratamiento —contestó—. Eso queda para los demás, no para ti, un hombre fuerte, audaz y justo…

—Soy un hombre lleno de pecados, Dhamila.

—Sin embargo, hoy has realizado una buena acción, cuando nadie habría podido esperar una cosa semejante de un hombre blanco.

—Eres una mujer. El color de la piel no importa. Lavery no tenía derecho a pegarte.

—Lo sé. En realidad, ya había realizado la prueba varias veces. No en la misma forma, pero siempre procurando irritarle en presencia de alguien que supiera reaccionar como es debido. Nadie lo ha hecho hasta que has llegado tú. Eres el único que ha impedido que Lavery me pegase.

—No veo eso qué tiene que ver…

—Buscaba a un hombre. Sólo podía encontrarlo de una forma.

Malone asintió.

—Creo que entiendo…, aunque no del todo —dijo.

—No tardarás en comprenderlo —sonrió Dhamila—. Kent, la hija de Pompeyo Phyles, está en Tower Island. No es la única, por otra parte. Tú eres el elegido para rescatar a esas muchachas.

—No conozco Tower Island, jamás he estado allí y ni siquiera estoy seguro de haber oído ese nombre antes de hoy. ¿Por qué están allí?

—En gran parte, tendrás que averiguarlo por ti mismo —dijo ella—. Pero, con mi ayuda, sortearás todos los peligros, que no serán pocos. Naturalmente, también tendrás que poner algo de tu propia cosecha.

—Iniciativa propia.

—Exactamente. Y ahora… querrás conocer Tower Island.

Las manos de Dhamila se extendieron sobre la mesa, a pocos centímetros de la caja con tapa de cristal. Asombrado, Malone se dio cuenta de que eran largas, finas y delicadas. Aquellas manos, pensó, no correspondían en absoluto a una mujer que realizaba duras tareas de limpieza, ni mucho menos, a una mujer de cincuenta o más años.

Casi de repente, las luces de la estancia se atenuaron. La tapa de

vidrio de la caja se iluminó.

El mar apareció en aquella especie de pantalla. A lo lejos, se veía un islote.

La imagen del islote se agrandó. Más y más detalles aparecieron en el campo visual del joven.

Malone alzó la cabeza un poco. Dhamila sonreía.

—¿Lo has visto? —preguntó.

—Sí.

—Pero dudas. Crees que te he engañado, que esto es un pequeño televisor.

Malone calló. ¿Cómo pensar de otra manera?

—No hay tal televisor, ni una cinta grabada con imágenes filmadas previamente —dijo Dhamila—. ¡Mira!

Dhamila alzó la caja y levantó la tapa inferior.

Malone lanzó un grito de asombro.

La caja estaba completamente vacía. Podía ver el cristal por el interior, sin que en la caja hubiese absolutamente nada más que las paredes de metal o cualquiera que fuese el material de que estaba construida.

Malone fijó los ojos en la mujer de color. Ella sonreía de un modo singular. Sus dientes eran blanquísimos, de una regularidad pasmosa, una dentadura perfecta.

—¿Convencido? —preguntó ella.

—Iré —dijo Malone—. Pero antes he de averiguar…

—Busca en la Marina Riordan a Milo Briggs. Cuando hayas hablado con él, sabrás la forma de llegar a Tower Island. En cuanto a lo que debes hacer allí, has visto cómo es ese islote y lo que hay en él. Por tanto, tú te prepararás el equipo que necesites en la forma más conveniente…

—Está bien, pero…

Dhamila sonrió.

—Sé lo que vas a decir; sé que sueles trabajar y cobrar elevadas sumas de dinero, pero, en este caso, sólo tendrás un premio: la felicidad.

—Oh, no es mal premio —sonrió Malone.

—El mejor que puede desear un ser humano.

—Y tú, Dhamila, ¿eres feliz?

—Lo soy cuando ayudo a mis semejantes, como en este caso.

—Entiendo. Ah, creo que falta un detalle.

—¿Sí?

—Tower Island parece una propiedad particular. ¿Quién es el dueño?

—Sé que se llama Morton Caldwell. Un tal Burl Deane es su hombre de confianza, aunque otros, quizá, lo llamen *eminencia gris*.

—Entiendo. Iré…, pero con mis propios métodos.

—No deseamos otra cosa, Kent.

Malone miró una vez más a la mujer. Dhamila le había recibido vestida con una larga túnica blanca, con el cuello cerrado y de mangas flotantes. El borde inferior de la túnica llegaba hasta el suelo.

Ella continuaba sonriendo. Malone advirtió que el olor a incienso y a otras sustancias aromáticas parecía acentuarse.

De repente, observó una singular transformación en Dhamila. Su rostro se rejuveneció extraordinariamente, incluso aclarándolo de color. Todo cuanto había en la estancia pareció desaparecer. Malone creyó que él y Dhamila se encontraban solos en un vasto universo, en el que, lejana, sonaba una música maravillosa.

Una estatua de ébano apareció de pronto ante su vista. Pero la estatua vivía y su pecho palpitaba suavemente y sus labios sonreían. Malone comprobó muy poco después que los labios de la estatua eran dulcemente ardientes.

CAPÍTULO IV

Malone subió al coche. Archer aguardaba impasible tras el volante y cuando el joven estuvo instalado en el asiento posterior, arrancó inmediatamente.

Archer no formuló ninguna pregunta ni habló una sola palabra, ni se quejó de haber esperado tanto rato. Sólo, cuando llegaron al hotel, se apeó y miró al joven sonriendo.

—Espero que haya resultado fructífera la entrevista con Madre Dhamila, señor.

—Sí —contestó Malone con voz ausente.

Subió a su habitación. Apenas si pensaba en nada. Sentíase como fuera de este mundo; su mente estaba vacía, pero no lo notaba. Mecánicamente, se desvistió, se metió en la cama y, a los pocos momentos, estaba dormido como un tronco.

Despertó más tarde y no por propia voluntad, sino porque alguien le zarandeaba con fuerza.

—Vamos, Kent, abre los ojos.

Malone se sentó torpemente en la cama. Sus pupilas tardaron algunos segundos en adquirir el foco correcto.

—Hola, Bill. ¿Por qué me has despertado? —se quejó.

—Hombre, vengo aquí todo asustado, porque son más de las tres de la tarde y no has dado señales de vida… y todavía te quejas —protestó Dewey.

—La… las tres de la tarde…

Malone se pasó una mano por el revuelto cabello.

—Estuve… —De pronto, recordó a Dhamila y su increíble transformación en una Venus de ébano—. Bill, quiero que me hagas un favor.

—Sí, claro. ¿De qué se trata?

—Oye, haz que busquen a esa mujer de la limpieza, sí, la que Lavery abofeteó… En cuanto la encuentren, haz que venga aquí.

¿Me has comprendido?

—Qué cosas tienes —rezongó el director del hotel—. Está bien, te enviaré a Dhamila. ¿Algo más, aparte del almuerzo que té servirán dentro de un cuarto de hora?

—Sí, la respuesta a una pregunta. ¿Son indiscretas las telefonistas del hotel?

—¡Por Dios, Kent! —Se ofendió Dewey.

—Está bien, no te enfades; es que quiero hacer algunas llamadas a Nueva York, para solicitar unos informes…

El director le miró recelosamente.

—Creí que habías venido a Palm Beach para descansar —dijo.

—Yo también —rezongó el joven, a la vez que apartaba las ropas de la cama—. Ah, haz que me envíen con el almuerzo una carta náutica del sector marítimo, en la que se incluya Tower Island.

—¡Caramba, sí que te interesa ese cayo!

—¿Lo conoces tú?

—El cielo me libre. Vive allí un millonario chiflado y megalómano, que ha convertido Tower Island en una especie de estado independiente, en el que su palabra es ley. Tower Island es de su propiedad, tanto como lo pueda ser tu camisa.

—Está bien. Anda, envíame el almuerzo y no te preocupes más.

Dewey se marchó. Malone pasó al baño y se metió bajo la ducha.

El agua fría tonificó sus músculos y aclaró su mente. Mientras sentía el agua correr por su cuerpo, pensó en Dhamila y las espectaculares escenas de que había sido protagonista la noche anterior.

Estaba seguro de que Dhamila poseía poderes hipnóticos. Le había hipnotizado, con la ayuda de aquellas extrañas drogas que quemaba en el pebetero. Pero ¿qué era, una mujer vieja y gorda, que debía ganarse la vida fregando suelos, o una hermosa joven, de cuerpo escultórico… y mente y hechos de bruja?

¡Una bruja!, se estremeció bajo los chorros de agua. Sí, ella le había hechizado, infiltrando en su cerebro ideas disparatadas… Pero lo que no resultaba disparatado en modo alguno era la horrible muerte de Hattie Grogan.

Él lo había visto con claridad y había contemplado la rapidísima

disgregación de aquel bello cuerpo, que en pocos segundos se había convertido en una masa repugnante, cuyos huesos habían caído al suelo con tétrico repiqueteo.

Estoy pudriéndome viva.

La frase martilleaba todavía en su cerebro.

Hattie le había hablado de una antigua conocida, Sweetie Callaghan. Y estaba en Tower Island, junto con otras hermosas muchachas, una de las cuales era la hija de Pompeyo Phyles.

Salió de la ducha y se secó. Vestido solamente con una bata de baño, salió al dormitorio.

De pronto, sobre la mesilla de noche, divisó el collar de fibra trenzada, con la estatuilla de Skantha.

Tomó el collar. Sí, desprendía aquel leve olor, agradable y penetrante. Pero el aroma parecía muy confortador, tranquilizaba la mente y el ánimo, sin atenuar ninguna de las facultades físicas o psíquicas del portador.

Se lo puso al cuello. En aquel momento llamaron a la puerta.

—Adelante.

Una camarera entró con el almuerzo. Malone descubrió de repente que tenía un apetito enorme.

La camarera le dio un informe sorprendente:

—Señor, el señor Dewey me encarga le diga que, en el personal del hotel, no ha habido jamás una mujer de color llamada Dhamila.

Malone frunció el ceño. Fue a decir algo, pero se contuvo, limitándose a contestar con un lacónico «gracias».

La camarera se retiró. Después de almorzar, Malone pasó un buen rato hablando por teléfono con su oficina de Nueva York. Era preciso adquirir la mayor cantidad de informes posibles de Caldwell y de su hombre de confianza, Burl Deane.

Cuando terminó, pasaban de las cinco de la tarde. Empezó a vestirse para salir.

Salió del hotel y agitó la mano. Un taxi se le acercó de inmediato.

Estaba conducido por un hombre de color. El chófer, enseñando unos dientes blanquísimos, dijo:

—El señor quiere ir, sin duda, a la Marina Riordan.

Malone respingó.

—¿Cómo lo sabe usted? —exclamó. El taxi ya se había puesto en

marcha.

—Oh, Madre Dhamila me dijo que le aguardase a usted para llevarlo a ese lugar.

«Madre Dhamila —repitió el joven mentalmente—. ¿Quién diablos es esa misteriosa mujer que vive con la apariencia de anciana y puede transformarse en una Venus de ébano?».

* * *

Era un sitio caro. Malone se dijo que los puntos de amarre para yates y otras embarcaciones debían de costar un ojo de la cara. Los yates y cruceros que se veían en los muelles de la Marina pertenecían, indudablemente, a tipos con muchísimo dinero.

Había marineros limpiando los yates y cuidándose de las naves y del embarcadero. Malone preguntó a un par de ellos, hasta que le indicaron el lugar donde podría encontrar a Milo Briggs.

Al fin lo encontró. Briggs estaba limpiando los cristales de una extraña embarcación, junto a la cual se hallaba un crucero movido por dos motores gemelos de 160 caballos de potencia. Era una de las lanchas que los aficionados contrataban para la pesca del pez espada en alta mar.

Pero la embarcación que flotaba junto al crucero era un submarino.

Malone parpadeó un instante. Luego, rehaciéndose de la sorpresa, se acercó al borde del muelle.

—¿Briggs?

El hombre se irguió. Era un sujeto de unos cuarenta años, bajo, fornido, con una barba de collar en la que ya se veían algunos pelos blancos. Sus ojos eran muy azules. Debajo de la sucia gorra de marino con que se cubría podían advertirse las señales de una ya irremediable calvicie.

—Sí, ¿qué desea?

—Me llamo Kent Malone. Quiero ir a Tower Island.

Los ojos de Briggs chispearon.

—Está loco. Caldwell compró, con la isla, las tres millas de aguas jurisdiccionales. En cuanto nos acerquemos, sea de noche, sea de día, nos ametrallarán. Hace dos meses, hundieron la lancha en

que iban unos periodistas demasiado curiosos. Por suerte, les respetaron la balsa de goma de salvamento, pero estuvieron remando dos días, hasta que se encontraron con un guardacostas.

—Es decir, que nadie puede acercarse a Tower Island ni de día ni de noche.

—Y nadie alzará un dedo si los secuaces de Caldwell nos llenan de plomo. Señor Malone, la vida es muy hermosa, aunque uno se la pase aperreado para ganarse el dinero con el que se compran los huevos, el jamón, el pan y demás fruslerías.

Malone sonrió.

—Es usted un filósofo, Milo —dijo—. ¿Qué hace en ese submarino?

—Oh, lo alquilo a turistas curiosos de conocer el fondo del mar. Bueno, no puede sumergirse a más de treinta metros ni me alejo más de cinco millas de la costa, y siempre llevando la motora como embarcación de socorro en caso de emergencia. Si el submarino no pudiera emerger, los motores auxiliares del barco lo subirían a la superficie.

—Ya entiendo. Milo, ¿cuánto cobraría usted por el alquiler de la lancha y del submarino?

Briggs se enderezó.

—Son cincuenta dólares por un pasaje, hasta una distancia máxima de cinco millas de la costa y una inmersión que no supere los sesenta minutos —contestó—. Pero ése es el precio individual para viajes colectivos.

—Milo, yo quiero ir a Tower Island.

CAPÍTULO V

Regresó al hotel. Cada vez que pensaba en la factura de Briggs y en la disminución de su cuenta corriente, sentía un escalofrío.

Pero ya no podía echarse atrás. Una fuerza superior le impulsaba a seguir, a efectuar el viaje a Tower Island. Compraría determinadas cosas para el equipo y el submarino emergería tan sólo unos minutos a pocos cientos de metros de la costa de la isla de Caldwell.

Hasta llegar allí, el submarino iría remolcado. A cinco millas de la isla, Malone y Briggs se sumergirían y navegarían en inmersión, hasta el punto en que el joven continuaría su viaje por sus propios medios.

Briggs no le esperaría. Se había negado rotundamente a ello. Le llevaría hasta las inmediaciones de Tower Island y luego emprendería el regreso. Allá se las arreglase él con Caldwell y sus secuaces.

Llegó al hotel, subió a su habitación, se dio una ducha y volvió a llamar a Nueva York. Además de recoger informaciones, debía tomar medidas para tener cubierta la retirada desde Tower Island.

Luego fue al comedor y cenó con gran apetito. Había menos clientes que la víspera, pero parecía como si la muerte de Hattie Grogan hubiera sido dada al olvido.

Terminó de cenar y salió a una de las terrazas, para tomar café, que pensaba acompañar con una copa de buen *brandy* y un cigarro habano. Cuando convenía, Malone sabía ser también un sibarita.

De pronto se le acercó un hombre.

Era joven y vestía correctamente. Sonreía con expresión amable al dirigirse a Malone:

—Tengo un mensaje para usted —dijo.

Malone arqueó una ceja.

—Bien, hable —invitó Malone.

—Lavery quiere darle un mensaje, en persona.

Hubo un instante de silencio. Malone escrutó fijamente a su interlocutor.

—¿Cómo se llama usted?

—Johnny.

—Está armado. Veo un bulto en el lado izquierdo ¿Disparará contra mí sí me niego a ir?

Johnny sonrió.

—A cien pasos de aquí, en un lugar oscuro y absolutamente invisible, hay un hombre apuntándole con un rifle provisto de silenciador y mira telescópica. En el momento en que yo me ponga un cigarrillo en los labios, tomará puntería. Cuando vaya a encenderlo, disparará.

Johnny sacó un paquete de tabaco y se colgó el cigarrillo de los labios. En su mano derecha había un encendedor.

Malone sonrió.

—Iré, no faltaría más —dijo.

Y prendió el cigarrillo de Johnny con su propio encendedor.

—Es usted un hombre de sangre fría —comentó Johnny, momentos después, mientras descendían por las amplias escaleras de la terraza hacia la salida del hotel.

—¿Sabe cómo me llaman mis enemigos? —preguntó Malone.

—No, pero tenemos idea de que es un sujeto hábil y escurridizo… ¿Tal vez el Anguila?

—No. Tiburón. Los tiburones son, además de voraces, implacables. Por supuesto, son seres de sangre fría.

Johnny rió cortésmente. Ya estaban junto a un automóvil largo, oscuro, detrás de cuyo volante se sentaba un sujeto de rostro impasible.

—Admiro el valor en los hombres, señor Malone —dijo Johnny, a la vez que abría la portezuela.

Malone se sentó en el lado izquierdo. El asiento del conductor estaba separado del posterior por un mamparo de vidrio.

De pronto, Johnny sacó algo del bolsillo y se tapó los orificios nasales. Casi en el acto, un chorro de gas brotó de algún punto del respaldo del asiento delantero.

* * *

El coche se detuvo en un lugar solitario de la costa. Había otro automóvil aguardando allí, junto al cual un hombre permanecía en pie.

Johnny y su compinche sacaron en brazos el cuerpo de Malone. Lavery se acercó a ellos.

—Ha resultado fácil —dijo.

—No ofreció resistencia —rió Johnny.

—Bien, será mejor que acabemos cuanto antes con él…

Junto a la orilla había una lancha de remos. Johnny y el otro se acercaron a la embarcación.

—Ben —llamó Johnny de pronto.

—¿Qué sucede ahora? —rezongó Lavery.

—¿Está seguro…?

—Sí, diablos. Malone es uno de nuestros competidores. Hemos de darles un escarmiento, ¿comprendes?

—Si tú lo dices…

—Vamos, aprisa —rezongó Lavery de mal talante.

Los dos hombres se acercaron a la lancha. En el interior de la embarcación había una losa de cemento, con una anilla de hierro y un trozo de cable metálico.

De repente, cuando ya llegaban a la lancha, el pie derecho de Malone se disparó con tremenda potencia y alcanzó en el pecho a Johnny, derribándole de espaldas.

El otro, sorprendido, soltó a Malone, quien cayó sobre la arena. Pero el joven se revolvió con increíble rapidez y se incorporó en un instante. Luego, de súbito, dio un salto tremendo y se elevó en el aire a más de un metro de altura.

Al mismo tiempo, movía sus piernas como si fuesen aspas. La puntera de su zapato chocó con una mandíbula. Un cuello humano crujió siniestramente. El cuerpo de un hombre se derrumbó instantáneamente, muerto, con las vértebras fracturadas por aquel golpe.

De pronto, sonó un grito:

—¡Quieto!

Malone se inmovilizó. Lavery, a cuatro pasos de distancia, le apuntaba con un revólver, cuyo corto cañón había sido alargado por un silenciador.

—Está bien —dijo Lavery—. De todas formas, irás a parar al

fondo del mar, con un peso en los pies.

Malone tenía el cuerpo ligeramente encorvado, con los brazos en tensión, dispuesto a saltar contra Lavery.

—No lograrás alcanzarme —rió el individuo—. Las balas son siempre más rápidas que las piernas de un hombre.

El revólver se elevó y su cañón apuntó a la frente de Malone.

Johnny presenciaba la escena, todavía a gatas sobre la arena, pero fuera de la línea de tiro.

Repentinamente, Lavery lanzó un horrible grito.

Todo su cuerpo se estremeció de un modo espantoso. Su cara se deformó, su boca se torció en una mueca horrible, a la vez que se oía el crujido de los huesos de su mandíbula.

El revólver cayó al suelo. Malone vio que el cuerpo de Lavery era sacudido por una serie de violentísimos estremecimientos. No lo había visto nunca, pero le pareció que era un condenado a muerte, sentado en la silla eléctrica.

Una última convulsión sacudió a Lavery. Luego, desmadejado, cayó al suelo y se quedó quieto.

Malone reaccionó y se apoderó del arma. Johnny se había recuperado y corría hacia uno de los automóviles, en el que escapó a toda velocidad.

Malone no quiso gastar balas en un tipo a quien suponía sólo un pistolero alquilado. Había salvado la vida y eso era lo que le importaba.

Pero ¿quién había matado a Lavery?

—He sido yo.

Malone se volvió en el acto.

—¡Dhamila!

La mujer estaba allí, con sus blancas vestiduras, a contraluz de la luna, lo que permitía ver la silueta de su cuerpo venusino.

—He sido yo —dijo ella suavemente—. Le he parado el corazón.

Malone se pasó una mano por la frente.

—Dhamila, gracias…, pero, a veces, pienso que eres…

—¿Una bruja?

La risa de Dhamila era suave, confortadora.

—No, no me ofendo porque pienses así —continuó—. Pero no podía permitir que murieses. Tienes que salvar a las muchachas de Tower Island. Te dije que correrías riesgos muy graves. No he

mentido, como has podido apreciar.

—Dhamila, no acabo de entender por qué querían asesinarme —manifestó Malone.

—Ellos lo dijeron bien claro; no querían competidores. Lavery es uno de los jefes de una banda dedicada al contrabando de drogas.

—Ah, ya entiendo. Pero yo no…

—Tú tienes algo más importante que hacer. Por eso he venido a ayudarte. No me llamaste, pero percibí las llamadas que hacías sin tú mismo saberlo. Y ahora, permíteme que…

—Por favor, aguarda un momento —pidió Malone.

—¿Qué deseas?

—He preguntado por ti en el hotel. Nadie te conoce…

Dhamila rió suavemente.

—¿Qué más? —preguntó.

Malone comprendió que ella no le daría ninguna explicación acerca del sorprendente hecho cuya aclaración deseaba.

—Al entrar en el automóvil en que vine hasta aquí, me lanzaron un gas narcótico. Sin embargo, no me dormí, aunque sí lo fingí, para poder sorprenderlos y defenderme mejor.

—¿Llevas puesto el collar de Skantha?

—Sí, claro.

—Eso lo explica todo. Te dije que Skantha te protegería. No he mentido, como puedes apreciar.

—Lo explica, según tu particular punto de vista… —objetó Malone.

Dhamila eludió el tema.

—Tienes ahí dos cadáveres —dijo—. Llévalos a la lancha y átales a los pies el lastre. Luego agujerea el fondo de la embarcación. Nadie te verá.

Era un consejo que debía seguir, pensó Malone. Pero antes quería otra cosa.

Avanzó con los brazos extendidos hacia la hermosa Dhamila. De repente, ella empezó a desvanecerse.

A Malone le pareció que Dhamila escapaba en un rayo de luna.

CAPÍTULO VI

Todavía seguía confuso y desconcertado, tres días después, cuando el pequeño submarino, que había sido remolcado hasta cinco millas de Tower Island, emergió a la superficie.

La isla se erguía ante él, como un monolito que surgiese de las aguas del mar a más de doscientos metros de altura, apoyado en un basamento que medía alrededor de mil metros de longitud, por casi ochocientos de anchura.

El mar estaba en calma. Las olas rompían mansamente contra los acantilados de Tower Island.

La luna estaba a punto de ocultarse. Malone nadaba conduciendo el equipo que debía llevar consigo y que estaba metido en una bolsa absolutamente impermeable y provista, además, de un pequeño flotador, para hacer más fácil el transporte.

Malone estaba vestido solamente con un bañador, aunque llevaba en los pies unas aletas de buceador. Briggs había recibido ya el importe de su trabajo y se había largado en su submarino.

Y mientras descansaba, inmóvil, flotando en el agua, se preguntó qué objeto tenía el secuestro de las jóvenes. ¿Acaso Caldwell se dedicaba a horribles experimentos con cuerpos humanos vivos?

Prosiguió nadando hasta alcanzar la orilla. Se agarró a una roca y dejó que el oleaje le moviese un poco. Luego pasó a tierra firme.

En el mismo instante, oyó un horrible rugido por encima de su cabeza. Alzó los ojos. Algo volaba por los aires, dejando tras sí una cortísima estela roja. Se encogió instintivamente. El resplandor del cohete se perdió bien pronto a lo lejos.

Momentos después, vio un fogonazo. Luego llegó el trueno de la explosión, pero, por el sonido, Malone juzgó que la barca de Briggs no había sido alcanzada.

Varios cohetes más fueron disparados. Malone pensó que quizá eran sólo una advertencia. En todo caso, algo quedaba establecido

con meridiana claridad: Caldwell no estaba dispuesto a permitir intrusos en la isla.

Al cabo de un rato, seco ya, abrió el saco del equipo y se vistió con una camisa, pantalones cortos y sandalias. En el cinturón colgó el revólver con dos cartucheras para la munición de repuesto, y un cuchillo que le podía servir también como herramienta.

Todavía quedaban más objetos en el saco, pero, por el momento, no los necesitaba.

Subió unos cuantos metros. No era el momento más adecuado para penetrar en la fortaleza, ya que los vigilantes estaban advertidos. Le gustase o no, debería aguardar hasta la noche siguiente.

A unos cien metros de la orilla y a veinte sobre el nivel del mar, encontró el refugio apetecido.

Era una cueva que parecía más bien una tumba. La entrada era alargada y debajo había otra oquedad, de unos tres metros por dos y uno de altura. La entrada se veía perfectamente, pero la losa que había bajo el techo se prolongaba casi dos metros, formando como una especie de marquesina para la segunda oquedad.

La arena del fondo era finísima y estaba seca. Antes de entrar, sin embargo, Malone sacó una bolsita y espolvoreó su contenido en un ancho radio a partir de la boca de la cueva. El polvo blanco se oscureció a poco y se confundió con el suelo rocoso y los líquenes y musgos que crecían en aquel lugar.

Luego entró en la cueva, bajó al fondo, se deslizó bajo la marquesina y se embutió en el saco de dormir.

A los pocos momentos, estaba tan bien dormido como si se encontrase en su cuarto del Coronet.

Era de día, claro, cuando oyó voces que le despertaron.

—¡Hay que recorrer bien la isla! No dejen un solo palmo de terreno por explorar. Si ven a un intruso, mátenlo.

También sonaron ladridos de mastines. Malone se encogió instintivamente dentro del saco, aunque dejó libre el brazo armado con el revólver.

Los canes ladraban alborotadamente. Se oían pisadas de botas ferradas.

Un hombre llegó a la cueva y miró hacia el interior.

—Aquí no hay nadie —dijo.

Los perros seguían su camino. Malone sonreía.

El polvo esparcido durante la noche había afectado al olfato de los canes. Los mastines no podían percibir por tanto el olor de su cuerpo.

Malone no se pudo contener y dio un par de palmaditas en la estatuilla de Skantha. ¿Quién era aquella misteriosa deidad?, se preguntó.

¿Algún remoto dios africano, cuyo culto había sido trasplantado a Estados Unidos a lo largo de generaciones de esclavos?

Y Dhamila, ¿cómo podía transformarse de una mujer gorda y avejentada en una hermosa joven, con figura de Venus?

Al llegar la noche, salió fuera de la cueva. Hizo unos cuantos ejercicios para desentumecerse. Luego se preparó para el asalto final.

Con la mochila a cuestas, subió cien metros más. De pronto, llegó al borde de un enorme foso.

* * *

Lo había contemplado en la visión en sueños que Dhamila infiltró en su mente. El foso medía cuarenta metros de anchura y rodeaba por completo la parte superior de la isla.

Delante de él había un muro recto, liso, sin el menor asidero, de unos doce metros de altura, cuyos basamentos se hundían en la roca viva, a menos de un metro del borde opuesto del foso. Había una puerta, pero era inútil tratar de forzarla y mucho menos de utilizarla sin permiso del dueño de Tower Island.

Sin duda, pensó, había un puente levadizo, probablemente telescópico, que se utilizaba cuando alguien debía entrar o salir de la fortaleza.

Las aguas se agitaron a sus pies, con fúnebres chasquidos. Caldwell no tenía entrañas, se dijo.

Desconocía la piedad, como los caimanes que infestaban aquel foso. Cualquiera que intentase cruzarlo a nado, sería devorado en el acto por los saurios.

Pero Malone se había preparado para la contingencia. Mientras alistaba su equipo, se fijó en los extraños reflectores que se hallaban

en lo alto de la muralla, pero que no despedían el menor resplandor. ¿Qué objeto tenían aquellos reflectores?

Una gran botella de metal, con capacidad para unos diez litros, salió del saco. Malone desenroscó el tapón y empezó a verter su contenido en el agua del foso.

Cuando la botella estuvo vacía, la dejó caer al agua. Poco a poco se llenaría y se iría al fondo.

Ahora sólo faltaba esperar.

Transcurrieron diez minutos. Lentamente, los movimientos de los saurios se hicieron menos perceptibles. Al fin, cesaron por completo.

El narcótico concentrado había hecho sus efectos.

Los caimanes estaban dormidos. Alguno más acudiría, pero, a la larga, el narcótico se expandiría por todo el foso, debido a que era preciso mantener algo de corriente en el agua para permitir la supervivencia de los caimanes.

Ya no aguardó más. Colgó de su hombro la última bolsa, impermeable, y se metió en el agua.

Empezó a nadar. Una vez rozó con la pierna algo rugoso y áspero. Los pelos se le pusieron de punta, pero el saurio no se movió.

En pocos momentos llegó al otro lado. Trepó por las rocas y se situó al pie de la muralla.

Sacó de la bolsa el cinturón con las armas y se lo puso en torno a las caderas. Tenía las ropas mojadas, pero la temperatura era excelente. Estarían secas muy pronto.

Una cuerda con nudos, provista de un gancho forrado de goma, salió disparada hacia lo alto. A la segunda tentativa, el gancho agarró. Malone empezó a trepar de inmediato.

Instantes después se hallaba en lo alto de la muralla. Recogió la cuerda y se dispuso a bajar.

Desde allí, en una rápida ojeada, reconoció el lugar, tal como se lo había mostrado la visión —¿telepática?— contemplada en casa de Dhamila. Vio edificios, un extensísimo parque y algunas construcciones, de una de las cuales brotaba un tenue rumor. Malone dedujo que debía tratarse del potente motor que suministraba energía para las necesidades de la isla.

Descendió rápidamente y escondió la cuerda bajo unos arbustos.

Estaba loco, se dijo. Por mucha seguridad que le hubiese ofrecido Dhamila, allí acabarían sus días.

El amuleto latió de pronto en su pecho, con rápidos latidos de calor. Malone respingó. ¿Era una muda reprensión por dudar de la palabra de Dhamila?

De repente, cuando todavía dudaba acerca de lo que debía hacer, ya en el interior de la fortaleza enemiga oyó un alarido que le puso los pelos de punta.

CAPÍTULO VII

El alarido se repitió un par de veces. Luego se quebró bruscamente.

A Malone le pareció como si una espada hubiera seccionado la garganta de la mujer que gritaba. Encogido al pie de los arbustos, dejó pasar unos minutos.

Transcurrió un buen rato. De pronto, oyó voces en las inmediaciones.

—Esto va a acabar conmigo —se quejó alguien.

—Tranquilízate, Mac —dijo otro—. No es más que un experimento fracasado.

—¿Y lo que llevamos aquí?

—Bah, unos huesos sin importancia. Los caimanes darán buena cuenta de ellos. También comen huesos, ¿sabes?

—Hace diez minutos era una hermosa muchacha, llena de vida… Ahora, sólo es un montón de huesos…

La voz del llamado Mac tenía trémolos de miedo. Malone pensó en él como un posible colaborador, aunque no precisamente en aquellos momentos.

Los dos hombres llegaron al pie de la muralla. Malone vio que subían por una escalera de hierro, adosada a la pared de cemento. Algo voló por los aires y fue a caer al foso con lúgubre chasquido.

—Comida para los caimanes —rió uno de los sujetos.

Malone continuó en el mismo sitio. Mac volvió a quejarse.

—Un día de éstos me marcharé de aquí, Ernie…

—No puedes irte, muchacho. Tienes firmado un contrato —le recordó el otro.

Los dos hombres se alejaron. Malone continuó en el mismo sitio durante casi media hora.

Había vuelto el silencio a Tower Island. Malone se dijo que era hora de empezar a actuar.

Sacó la última bolsa de polvos antiolfativos y se frotó la cara, el cuello, las manos y las piernas. Luego echó a andar hacia una casa que se veía a lo lejos y en la que se divisaban un par de luces encendidas.

Un par de veces, tuvo que esconderse entre los arbustos, para evitar el encuentro con una patrulla de vigilancia. Caldwell no se fiaba, a pesar de las barreras de seguridad que había instalado en torno a su residencia.

Alcanzó el edificio iluminado. La luz era mucho menos intensa de lo que creía. El edificio era alargado, de una sola planta, y había toda una batería de ventanas en la fachada.

Cautelosamente miró a través de una de las ventanas iluminadas. Había una hermosa joven dormida en una cama, con un brazo de mórbidos contornos asomando fuera del embozo de las sábanas.

El pelo era muy claro, casi pajizo. Malone observó que la joven dormía profunda y sosegadamente, a juzgar por los rítmicos movimientos de su pecho.

¿Era posible que no hubiese escuchado los alaridos que habían sonado poco antes?

La ventana estaba entreabierta. Alzó el bastidor y pasó al dormitorio. La joven se había dormido con la luz encendida. En el suelo vio un libro, seguramente desprendido de sus manos, al quedarse sumida en aquel profundo sueño.

Malone corrió las cortinas. Luego zarandeó a la joven para despertarla.

Ella continuó dormida. Malone le tomó el pulso. Era relativamente lento, pero sosegado y regular.

Malone había ido preparado para una contingencia semejante. Del bolsillo posterior de los pantalones sacó un tubito de metal. Apretó un botón y un leve chorrito de gas fue a parar a la nariz de la muchacha.

A los pocos segundos, ella se agitó. Luego abrió los ojos.

—Hola, bella durmiente —saludó Malone, sonriendo.

La joven le miró asombrada.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué hace aquí?

—Mi nombre es Kent Malone. ¿Cuál es el suyo, preciosidad?

Ella se incorporó ligeramente en la cama.

—Cindy Barrow —contestó—. Pero ¿qué hace aquí?

—Por favor, no levante la voz. He venido a rescatarla a usted. Y también a las otras chicas que están en Tower Island.

Cindy frunció el ceño, mientras contemplaba al hombre que tenía frente a sí y que, excepto por el casco de combate, parecía ataviado como un soldado de los comandos de la última guerra.

—¿Rescatarme a mí? —exclamó, pasmada.

El asombro la hizo sentarse de golpe en la cama. Entonces, se dio cuenta de que estaba ataviada únicamente con un camisón de un tejido casi completamente transparente y se subió el embozo de las sábanas hasta el cuello.

—Usted está loco, señor Malone —declaró Cindy.

Aquella muchacha hablaba completamente en serio. Malone se pasó una mano por la cara. «A ver si va a resultar verdad que estoy loco de remate», pensó.

* * *

Tras una corta pausa de silencio, Malone preguntó:

—¿Hay aquí una chica llamada Jenny Phyles?

—Sí, por cierto. Es de color… y la que más éxito tiene con el fotógrafo —contestó Cindy.

—¿Qué me dice de Sweetie Callaghan?

—Rescindió el contrato y se marchó. Al menos, eso es lo que nos dijo a todas hace unas cuantas noches. Malone empezó a sospechar lo peor para su antigua amiga, la hermosa Sweetie. Tal vez había acabado como Hattie… pudriéndose viva, deshaciéndose en unos pocos minutos.

—¿Conocía usted a Hattie Crogan? —preguntó.

—Sí, pero dejamos de verla hace cosa de una semana. No sé qué pasó; ni siquiera se despidió de nosotras.

Cindy parecía hablar completamente en serio. Estaba despejada, su mente debía de hallarse normal, después del gas reanimador que Malone le había administrado.

—Está bien, señorita Barrow —dijo Malone—. Por favor explíqueme lo que hacen aquí.

—Ante todo, ¿no le parecería más correcto explicar los motivos

de su presencia en la isla? —Sonrió ella—. Por lo que puedo apreciar, usted no pertenece al personal de servicio ni de vigilancia de este lugar.

—Señorita Barrow, aunque algunos me considerarían como detective privado, no lo soy en el sentido estricto de la palabra. Más bien soy un hombre que arregla asuntos que no tienen solución para el que me contrata, lo cual no significa que me salga de la legalidad.

—Bien, pero yo no le he llamado…

—Alguien lo ha hecho en su lugar, y en el de Sweetie, de Jenny, de Hattie y de todas las demás chicas que viven en Tower Island. Ustedes están secuestradas aquí.

Cindy rió nerviosamente.

—¡Qué tontería! Yo no estoy secuestrada. Simplemente, vine a Tower Island con un contrato, para posar como modelo para un famoso fotógrafo. Cobro un sueldo, la manutención… Estaré aquí una temporada y luego me iré, eso es todo.

Cindy hablaba absolutamente convencida de lo que decía. Malone se dio cuenta que, de alguna forma, estaba sugestionada para que actuase de aquella manera sin darse cuenta de los horribles crímenes que se cometían en la isla.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Señorita Barrow, voy a pedirle un favor —dijo.

—Si está en mi mano…

—Cuando yo llegué, estaba profundamente dormida. No mucho antes, tal vez hacía media hora, más o menos, una mujer chilló de un modo horrible. Gritó dos o tres veces y luego se calló. Esos gritos tenían que haberla despertado a usted y, sin embargo, parece que no los ha oído.

—No, no los he oído —corroboró ella.

—Tengo la absoluta seguridad de que en la cena, les propinan a ustedes alguna droga que las hace dormir toda la noche de un tirón.

—Si tomamos esa droga, como usted dice, ¿por qué no estoy dormida ahora? —preguntó Cindy.

Malone le enseñó el tubo de gas reanimador.

—La he despertado con un chorrito de este gas, lo que ha eliminado de su organismo los efectos del narcótico —dijo—. La llamé, la sacudí varias veces y usted no se despertó hasta que le apliqué el gas… antídoto.

Cindy pareció sentirse preocupada. El extraño daba la sensación de hablar con absoluta sinceridad.

—No entiendo por qué iban a narcotizarnos a diario —manifestó—. Una cosa puedo asegurarle: jamás nos acostamos recién cenadas, aunque es cierto que aquí no se organizan fiestas ni orgías, ni nada que pueda dar a pensar a los extraños que nuestra presencia en la isla obedece a ciertos caprichos del señor Caldwell. Lo normal es que nos vayamos a dormir entre diez y once de la noche y nos despertamos hacia las ocho o las nueve de la mañana. Sin el menor torpor, ni sequedad de boca ni ningún otro síntoma, en fin, de haber ingerido una droga narcótica.

—Eso habría que comprobarlo —dijo Malone. Se inclinó, recogió el libro que estaba en el suelo y lo dejó sobre la mesilla de noche—. Usted se durmió leyendo, con la luz encendida. En circunstancias normales no ocurre, ¿verdad?

—No, desde luego —admitió la joven.

—Muy bien. Vamos a hacer una prueba. Yo me iré ahora, pero estaré aquí de nuevo mañana a la misma hora. —Consultó el reloj—. Son las dos de la madrugada. Yo…

Malone se interrumpió súbitamente, a causa de un fuerte grito que sonó en el exterior.

—¡Los caimanes! ¡Están muertos! ¡Alguien los ha envenenado!

Malone se irguió. Cindy miró hacia la ventana.

—No grite —pidió él—. Si me encuentran, si ven que usted está despierta, nos matarán inmediatamente.

Cindy palideció. Una fuerte voz sonó en el exterior, amplificada por un megáfono eléctrico:

—¡El intruso ha conseguido poner pie en la isla! Registren todo palmo a palmo y tiren a matar si lo encuentran.

CAPÍTULO VIII

Sonaron pasos precipitados en el corredor. Una puerta se abrió con fuerza.

—Cuidado, tú —dijo alguien.

—No temas —contestó otro—. Las chicas están dormidas; no oirán nada.

—Lástima —rió un tercero—. Con lo guapas que son…

La puerta del cuarto de Cindy se abrió de pronto. Alguien tocó un interruptor situado junto a la puerta y se encendió una lámpara en el techo.

Cindy estaba dormida, con los rubios cabellos extendidos sobre la almohada, un brazo fuera de las sábanas y el libro abierto en la mano. Su respiración era lenta, rítmica.

Uno de los guardianes entró y examinó el armario ropero.

—Vámonos —dijo a poco—. Aquí tampoco está.

La puerta se cerró de golpe. Los pasos, dados por pies metidos en botas ferradas, se alejaron a lo largo del pasillo.

Transcurrió un cuarto de hora. El silencio volvió al corredor.

Alguien emitió un informe en voz alta:

—Los caimanes parecen solamente dormidos, señor Caldwell.

—Está bien, quizá los narcotizaron… —contestó la misma voz de antes, a través del megáfono—. Activen la circulación del agua del foso, para que se despierten cuanto antes.

—No podemos enviar demasiada agua sin contaminar —objetó uno—. La planta desaladora funciona al máximo de su rendimiento y si enviamos mucha agua al foso, nos quedaremos sin nada para las necesidades de la residencia.

—Está bien, hagan lo que puedan —se resignó Caldwell, malhumoradamente—. ¿Y los mastines?

—No han encontrado el menor rastro, señor.

—Eso no debe confiarles. Hay sustancias que anulan el olor

corporal de las personas. Insistan, repito.

—Sí, señor.

El silencio volvió de nuevo. Pasados unos minutos, Malone se arriesgó a salir de debajo de la cama.

—Han sido considerados —rió en tono bajo.

Cindy estaba palidísima.

—Usted tenía razón —dijo—. Nos narcotizan. Ninguna de las otras muchachas se ha despertado ni se ha quejado por la irrupción de los vigilantes en el dormitorio.

—Duermen como leños —aseguró Malone—. Pero ahora ya es tarde para que podamos hacer nada y yo necesito observar mejor la isla durante el día. Hablaremos de nuevo mañana, a las doce, en lugar de a las dos, como habíamos convenido.

Cindy asintió.

—Desde luego, pero ¿dónde se va a esconder usted? —preguntó.

—No se preocupe, ya le tengo echado el ojo a un escondite perfecto, creo. Aguarde un momento.

Malone se puso en pie y entró en el cuarto de baño contiguo. Llevaba una cantimplora medio vacía y la llenó en el grifo. Luego, regresó junto a Cindy y abrió una de las cartucheras de su cinturón.

Sacó un tubito y lo desenroscó. Inclinándolo ligeramente, hizo pasar a la palma de la mano una píldora de color anaranjado, que entregó a la muchacha.

—Mañana, antes de la cena, con cualquier pretexto, vaya al cuarto de baño. Tómese la píldora, pero no coma ni beba absolutamente nada antes. Luego cene con toda normalidad. A la hora acostumbrada, despídase de las demás y vuelva a su cuarto. Le aseguro que no se dormirá.

Cindy le miró aprensivamente, con la píldora sostenida entre dos dedos.

—¿Qué es? —preguntó.

—Diciéndolo con palabras vulgares, un antinarcótico —sonrió él —. Volveré mañana. Ah, y por lo que más quiera, no diga a nadie, ni aun a sus compañeras, que me ha visto o que sabe lo que ocurre aquí. Algo de lo que sucede, claro.

Ella asintió.

—Seré discreta —prometió.

Malone sonrió. Luego se dirigió hacia la ventana y escuchó unos

momentos.

Cindy le contemplaba con invencible curiosidad. Instantes después, Malone había desaparecido en las tinieblas.

* * *

Los vigilantes recorrían la isla una y otra vez, alguno de ellos con los feroces mastines, sin encontrar el menor rastro del intruso. La voz de Caldwell, colérica, resonaba de tanto en tanto a través del megáfono, pero él no se dejaba ver en absoluto.

Las chicas haraganeaban en el césped o se bañaban en la piscina, enorme, de casi cien metros de largo por la mitad de anchura, un pequeño lago, con una cascada de varios metros de altura en uno de sus extremos. Malone suponía que había un mecanismo de bombeo, que, removiendo el agua, al par que la renovaba, impedía que se perdiese la mayor parte del preciado líquido, procedente de la planta desaladora que había en algún lugar del islote.

Malone tenía un observatorio privilegiado: el gran tanque de agua, elevado a unos quince metros del suelo y sustentado por una colosal columna de cemento, de sección cilíndrica. La tapa del tanque era de forma cónica, con un gran ángulo, pero entre ella y el borde superior había una serie de aberturas, a modo de aspilleras, de forma rectangular, que le permitían ver todo con absoluta comodidad.

Una escalera de peldaños de hierro conducía a la parte alta del tanque. En el interior, había un pasillo anular de hierro, con barandilla y una escalera de hierro que se perdía en el agua allí almacenada. La plataforma anular estaba a unos centímetros del nivel de las aguas y, aunque incómoda, le había permitido descansar sin temor a ser descubierto.

El lugar era fresco y húmedo, pero Malone había estado en peores sitios. Su situación hubiera sido muy distinta, de haberse escondido, como pensó en un principio, en el tejado de alguno de los edificios, expuesto a los inclementes rayos del sol del Caribe. Allí estaba seguro, fresco…

De pronto, dos hombres se acercaron al tanque del agua.

Malone retiró la cabeza. Los vigilantes vestían una especie de

sombrero de ala ancha, de paja, camisa y pantalón corto. Iban armados con sendas pistolas, aunque se figuró que, en caso necesario, saldrían a relucir las ametralladoras que debían de estar guardadas en alguna parte.

—El intruso se ha ido, desengáñate, Pike —dijo uno.

—Harry Mac Loy, a veces, pareces tonto —contestó el otro de mal talante—. No ha podido marcharse; los reflectores de la casa enfocaban la cresta del muro y ni una sola mosca habría podido volar sin ser vista. Está todavía aquí.

—Quizá, pero un hombre que entró como él y salvó el foso de los caimanes, y que despistó a los perros, es muy listo a la fuerza. Seguro que sabe dónde esconderse y no lo encontraremos ni aunque volviéramos esta maldita isla del revés.

—Aparecerá, Mac, aparecerá —dijo Pike—. Y entonces…

—Hombre, se me ocurre una idea. Me parece que no hemos mirado en el tanque del agua. Voy a subir yo.

Pike se encogió de hombros.

—Está bien —cedió finalmente.

Mac Loy empezó a trepar por los peldaños. Malone dudó un instante. Luego caminó en silencio hasta el lado opuesto del acceso, donde sabía que la penumbra podía hacerle invisible a los ojos de un hombre que venía de la luz esplendorosa del exterior.

A pesar de todo y para mayor precaución, se tendió en la plataforma de servicio. Pronto pudo ver la cabeza de un hombre recortándose contra el fondo más claro de la entrada.

—¿Se ve algo, Mac? —gritó Pike, desde abajo.

—Espera un momento, hombre; tengo que acostumbrar mis pupilas… Dentro hay mucha oscuridad…

La voz de Mac Loy se apagó de pronto.

—Oiga, sé que está ahí —musitó—. Quiero ayudarle, pero usted habrá de ayudarme a mí también. No me gusta lo que pasa aquí, ¿comprendido?

Malone dudó un instante. De pronto, el amuleto de Skantha latió cálidamente sobre su carne.

—O. K., Mac —contestó en tono muy bajo—. ¿Dónde y cuándo?

—Tengo el tercer turno en la torreta Noroeste, de cuatro de la mañana hasta las siete. Estaré esperándole.

—Bien, Mac.

Mac Loy se volvió hacia abajo.

—¡No, no hay nadie aquí, Pike! —gritó.

—¿Lo ves? —contestó el otro, satisfecho—. Ya te decía yo…

Mac Loy emprendió el descenso. Malone le envió un entusiasta «gracias» mentalmente.

Abajo volvieron a sonar voces.

—No hay nadie en el tanque de agua, señor Deane —informó Pike—. Mac Loy acaba de subir y lo ha examinado a conciencia.

—Así es —confirmó el aludido.

—Está bien, sigan buscando.

Malone continuó en el mismo sitio. Tocó con la mano el amuleto. ¿Qué misteriosos poderes encerraba aquella diminuta estatua de madera tallada?

CAPÍTULO IX

Esta vez, la luz de la habitación de Cindy estaba apagada. Convertido en una sombra, sin hacer el menor ruido, Malone llegó al pie de la ventana y tanteó con la mano.

El bastidor estaba levantado. Emitió un suave silbido, más bien un siseo y la voz de la muchacha sonó en el acto.

—Señor Malone.

—Sí.

—Entre.

El joven se deslizó silenciosamente en el interior del dormitorio. Oyó ruido de pies descalzos y percibió el sonido de unas espesas cortinas que se corrían. Luego se encendió la luz.

Cindy estaba vestida, con un liviano pulóver negro y pantalones muy ajustados del mismo color. Malone observó que era altísima, casi tanto como él. Su figura era muy esbelta, de una rotunda feminidad, sin curvas exageradas, que habrían destruido la armonía del conjunto.

—Usted tenía razón —dijo ella—. Nos dan un narcótico con la cena.

—Y las demás, supongo, están dormidas como leños.

—Sí. Como usted me indicó, no dije nada a nadie. Pero ¿dónde ha estado escondido?

—En un lugar bastante seguro, aunque lo cierto es que al único que se le ocurrió la idea de que podía estar allí, ha resultado que quiere ser amigo mío.

Cindy se mostró sorprendida por aquellas palabras.

—¿Alguno de los guardias? —sugirió.

—Sí, un tal Mac Loy.

—Lo conozco, aunque no hablamos mucho con ellos. Tenemos estrictamente prohibida toda relación con los vigilantes. Y ellos, a su vez, tienen órdenes severísimas de no molestarnos. El único que

lo intentó, fue Randy Lawton.

—¿Qué le pasó? —preguntó Malone.

—Fue expulsado de la isla, según nos contaron. Parece ser que Hattie Grogan le gustaba muchísimo y había hablado con ella unas cuantas veces, fuera de lo normal, de lo poco que les permiten conversar con nosotras. Sólo les dejan hablar lo indispensable, algo así como asuntos de servicio, ¿comprende?

—¿Vio usted marchar a Lawton?

—No. Lo dijeron al día siguiente. En cuanto a Hattie, canceló su contrato y…

—Ya lo sé, señorita Barrow…, o, mejor dicho, Cindy, recuerde que yo me llamo Kent… Dígame, por favor, ¿está usted convencida de que vino aquí para posar como modelo fotográfico?

—Eso es lo que establece el contrato, firmado para seis semanas de duración. Yo llevo tres, como Jenny Phyles y una o dos chicas más. Las otras nos superan en tiempo de permanencia en la isla. Hace dos días se marchó Penny McCloud.

Malone recordó instantáneamente el saco de huesos humanos que dos de los vigilantes habían arrojado al foso.

—¿La vio marcharse? —preguntó.

—No, pero se despidió de nosotras al atardecer. Fue a su cuarto a preparar el equipaje…

Malone reflexionó unos momentos. Luego consultó su reloj.

—¿Conoce bien la isla? —preguntó.

—Sí —respondió ella.

—Dígame, ¿sabría ir a las habitaciones privadas de Caldwell?

—Por supuesto, aunque nunca he entrado allí. Pero sé que están en un pabellón contiguo al estudio fotográfico, separadas por una simple pared…

Malone sacó su revólver, comprobó la carga y vio que el tambor giraba sin dificultades. Luego fijó los ojos en la muchacha.

—Cindy, ¿se atrevería a guiarme? —preguntó.

Ella dudó un instante, pero acabó por asentir con un movimiento de cabeza.

—Chica valerosa —elogió él, mientras volvía el revólver a la funda—. Ande, póngase unos zapatos blandos, que no hagan ruido; no puede hacer de guía con los pies descalzos.

* * *

Después de salir de la habitación de Cindy al corredor, Malone quiso hacer una prueba. Abrió la puerta del dormitorio contiguo y encendió la luz.

Había una mujer durmiendo apaciblemente. Era de tez un tanto olivácea y cabello intensamente negro.

—Es Carmen González —dijo Cindy.

—¿Hispana?

—Portorriqueña.

Malone se acercó a la cama y zarandeó con fuerza a la durmiente. Carmen no se despertó, a pesar de las sacudidas que le propinaba el joven.

—¿Está convencida ahora? —preguntó, a la vez que volvía hacia la puerta.

Salieron del pabellón. A lo lejos oyeron pasos. Malone tiró de la muchacha y la hizo agacharse detrás de un gran macizo de flores.

A continuación y en el mismo sitio, frotó su cara y manos con el antídoto que empleaba él para anular el olor corporal. Dos guardias y un mastín cruzaron a veinte pasos, sin advertir su presencia.

Cuando el peligro se hubo alejado, Cindy respiró a pleno pulmón.

—Creí que el perro nos descubriría.

Malone soltó una risita.

—Esa sustancia antiolfativa lo evita —dijo—. Sigamos.

Momentos más tarde llegaban a un edificio de dimensiones mayores que los restantes. Las luces aparecían apagadas.

Cindy le indicó la puerta. Malone tanteó la cerradura. La llave había funcionado, maldijo para sus adentros.

Pero había ido prevenido para una contingencia semejante. Sacó algo de una de sus cartucheras y manipuló unos instantes en la cerradura. Cuando oyó un leve chasquido, hizo girar el pomo y abrió.

—Paso libre —susurró.

Entraron en la casa, convertidos en sendos fantasmas. De pronto, oyeron voces destempladas al otro lado de una puerta.

La luz de la luna entraba por los ventanales. Malone divisó un gran diván y se escondió tras él, arrastrando consigo a la muchacha.

Un instante después, se abría la puerta, dejando salir al exterior un gran chorro de luz.

Alguien salió por el hueco.

—Dese prisa, Burl; este maldito experimento está a punto de fallar una vez más.

—Sí, señor, volveré lo antes que pueda. Pero tardaré un día o quizá dos…

Se oyó un tremendo juramento.

—Está visto que no puedo confiar en nadie, y menos en el maldito doctor Wykowski.

Deane salió y cerró la puerta. Cruzó la sala, sin encender las luces, abrió y desapareció en el exterior.

—¡Hans! ¡Hans! —Se oyó su voz a poco—. Vamos, prepare la motora; tenemos que zarpar de inmediato.

Malone se incorporó. Cindy le siguió. La puerta por la que había salido Deane, el hombre de confianza de Caldwell, no estaba del todo cerrada.

Paso a paso, Malone se acercó a la puerta. A través de una rendija, divisó los peldaños de una escalera que se perdía en el subsuelo.

Abrió un poco más. La escalera era lo suficientemente amplia como para permitir la visión casi total de lo que había en el subterráneo.

Un extraño olor hirió de inmediato la pituitaria de Malone. El cuerpo del joven se puso rígido.

Veía a una mujer joven y hermosa, sumariamente vestida, sentada en una silla. Estaba quieta, sin respiración, los ojos extraviados.

De pronto, se apercibió de que Cindy la había visto también. Podía gritar, pensó en una fracción de segundo; y volviéndose hacia ella, tapó su boca con una mano, mientras que con la otra sujetaba su cintura.

Cindy comprendió los motivos de la actitud de Malone y se lo agradeció, porque estaba segura de haber empezado a gritar un segundo más tarde. Desde su puesto de observación, divisó el horrible espectáculo de la disgregación de un cuerpo femenino.

La muchacha se sentía espeluznada. En pocos minutos, sólo quedó en la silla un esqueleto que, de repente, se desmoronó, con

lúgubre repiqueteo de huesos contra el suelo. Alguien apareció de pronto en el campo visual de la pareja y, con la ayuda de una manguera, barrió los restos de sustancia orgánica en putrefacción que habían quedado en el suelo.

Cuando el pavimento quedó limpio, trajo un saco y empezó a recoger los huesos, que arrojaba en su interior, mientras canturreaba una cancioncilla. El hedor era insufrible, pero Caldwell no parecía advertirlo.

Malone pegó los labios al oído de la joven:

—No grite.

Cindy hizo un leve gesto de asentimiento. Malone la soltó y luego volvió lentamente a la puerta.

—Vámonos, antes de que sea demasiado tarde… —dijo.

Agarró la mano de Cindy y tiró de ella. La muchacha estaba a punto de caerse, pero conservó la suficiente presencia de ánimo para mantenerse en pie.

Momentos más tarde, llegaban al alojamiento de la muchacha. Entonces sonó la voz de Caldwell, tronando a través del megáfono:

—¡Hankin! ¡Hankin! ¡Venga inmediatamente!

Malone empujó a la muchacha a su habitación. Cindy se desplomó sobre la cama.

—¿Qué ha pasado aquí? —gimió ella—. ¿Qué horribles cosas suceden en Tower Island?

—Para averiguarlo estoy yo aquí —respondió Malone.

Se acercó a la ventana y bajó el bastidor. Luego encendió la luz de la cabecera de la cama.

—Lo siento, pero olvidé en mi equipo poner algo tan interesante como un frasco de buen *brandy*. Y ni siquiera llevo ya cigarrillos…

Cindy señaló la mesilla con una de sus manos. Malone se acercó, tomó el paquete, extrajo dos cigarrillos y los encendió sucesivamente.

Uno de ellos era para Cindy. Ella aspiró el humo con fuerza.

—Creo que toda la vida tendré pegado a mi cuerpo ese horrible olor a putrefacción.

CAPÍTULO X

Cindy se echó el pelo hacia atrás con un ademán maquinal. Ya se había recuperado en parte.

—Entonces, Hattie no se marchó de aquí porque hubiera cumplido su contrato —dijo.

—Se evadió —repuso Malone—. Ignoro la forma en que lo consiguió, aunque es evidente que Randy Lawton tuvo bastante que ver en la operación. Pero, por lo visto, estaba ya enferma cuando llegó a Palm Beach.

Malone relató brevemente la entrevista con Hattie, aunque se abstuvo de mencionar el nombre de Dhamila. Cindy hizo un gesto de asentimiento cuando él hubo terminado de hablar.

—Pero… no comprendo… ¿Qué es lo que pretende Caldwell?

—Oí hablar de ciertos experimentos a uno de los guardias —respondió Malone—. Nuestra situación es bastante delicada; yo sólo cuento con un ayudante, y aún no es seguro, por supuesto, mientras que Caldwell dispone de una docena de sujetos que le obedecerán ciegamente y dispararán a matar contra nosotros. Lo que ocurre es lamentable, pero no puedo ir diciendo simplemente que me las voy a llevar a ustedes. Además, sospecho que tampoco podríamos: Deane ha salido con la embarcación y es muy posible que sea la única disponible en la isla.

—Deane, el genio malo de Caldwell —dijo Cindy.

Malone frunció el ceño.

—Hay algo que no entiendo bien del todo —exclamó—. ¿Quién las atiende a ustedes? ¿Es que no hay servicio femenino?

—Sólo una mujer, Helena Rochen, una especie de ama de llaves de Caldwell y tan mala como Deane. Nosotras mismas ordenamos nuestros dormitorios; así está convenido en el contrato, aunque los guardianes nos sirven las comidas. Pero Helena vigila en todo momento y no les permite la menor insinuación; sólo lo justo

referente al servicio.

—Entiendo. Cindy, ¿conocía usted a la chica que ha muerto hace poco?

—Era Penny McCloud, la que se despidió hace dos días.

—Otra se marchó poco antes, aunque sólo en apariencia, porque murió lo mismo que Penny. Yo vi tirar sus huesos al foso de los caimanes.

—Tuvo que ser Jeanne Dubois. También se despidió, pero… seguramente ha muerto de la misma horrible manera que Penny.

Malone se mordió los labios.

—Me parece que no he actuado bien —dijo—. La escapatoria de aquí va a resultar más difícil de lo que pensábamos. Debiera haber buscado la forma de entrar a formar parte de los guardias de corps de Caldwell, aunque eso me habría hecho perder bastante tiempo. De todas formas, haré lo que pueda.

Cindy le miró ansiosamente.

—¿Hemos de continuar en esta misma situación? Cada vez que pienso en lo que he visto, me pongo enferma.

Malone tomó entre las suyas las manos de la muchacha. Estaban frías.

—Sea valerosa —dijo—. Tenga en cuenta una cosa: nadie la ha visto. Caldwell y sus cómplices están seguros de que duerme a esta hora. Si quiere vivir, no repita a nadie, bajo ningún pretexto, lo que ha visto.

—Trataré de hacerlo —contestó ella.

—Una cosa; aparte de la píldora que tomará antes de la cena, le dejaré unas cuantas más, por si, en determinado momento, sospecha usted que quieren hacerla ingerir alguna droga nociva. En tal caso, no diga que no, no se niegue para no despertar sospechas, pero, con cualquier pretexto, váyase al baño más próximo y tómese una píldora. ¿Ha comprendido?

—Sí, Kent.

Malone le entregó el tubito con las píldoras antinarcótico, quedándose con algunas para su uso particular. Podía necesitarlas para sí mismo, se dijo.

Luego se dirigió hacia la ventana.

—Apague la luz y trate de dormir —aconsejó.

—Lo veo difícil…

—Duerma, no amanezca mañana con ojeras. Y que nadie sepa que no ha sido narcotizada. Nuestras vidas dependen de su silencio.

—Sí, procuraré ser discreta.

Cindy apagó la luz. Malone levantó el bastidor y saltó fuera del dormitorio.

* * *

Malone se preguntó si Mac Loy no se habría burlado de él. No había ninguna torreta en el ángulo Noroeste del muro.

De pronto, oyó un tenue siseo que bajaba de lo alto:

—Malone.

El joven avanzó un par de pasos. Entonces divisó una hendidura en el muro, de sección semicilíndrica, vertical y de un metro de anchura. En el fondo había una escalera de peldaños metálicos, empotrados en el cemento.

—Suba —dijo Mac Loy.

Malone emprendió la ascensión. Al llegar arriba, Malone vio una especie de plataforma algo más ancha, también semicircular, en la que había un objeto enorme tapado con una lona.

—Una ametralladora pesada, calibre 12,70 —dijo Mac Loy—. También disponemos de un reflector empotrado en el muro, con tapa de funcionamiento automático, que lo oculta a la vista de los extraños. Aquí está el mando de orientación del foco —señaló un pequeño hueco en la pared.

—Caldwell es precavido, a lo que parece —comentó Malone.

—No se fía ni de sí mismo. Yo creo que cada vez que se mira al espejo, pregunta a la imagen que ve reflejada si es él o es otro —respondió el vigilante sarcásticamente.

—Me lo imagino. Mac, ¿puedo hacerle unas preguntas? Antes de nada, le diré que me han encargado rescatar a las chicas que hay aquí y que están secuestradas, sin que ni ellas mismas lo sepan. ¿Entendido?

—Entendido y adelante, señor Malone.

—Está bien, dígame, ¿qué sueldo le pagan a usted?

—Cuatrocientos mensuales, alimentación, vestuario y ojos ciegos y oídos sordos.

—Comprendo —sonrió el joven, ante la gráfica respuesta de su interlocutor—. Pero a usted no le gustan las cosas que pasan en Tower Island.

—No, no me gustan. Y menos después de que arrojamos a Lawton al foso de los caimanes. Dijeron que se había caído, pero es una mentira. Deane y Hans Wehler, el jefe de vigilantes, mintieron.

—¿Por qué le asesinaron, Mac?

—Ayudó a escapar a una chica. No sé cómo lo descubrirían, ese Wehler tiene un olfato muy fino. Unos dicen que ha sido un hombre de Scotland Yard; otros, un «SS»… Vaya usted a saber; el caso es que parece un Argos vigilando constantemente, con sus cien ojos… El pobre Lawton no pudo salirse con la suya.

—Pero la chica escapó y él quedó aquí. ¿Cómo fue posible?

—No lo sé, señor Malone; y yo creo que el pobre Randy hizo que ella se marchase primero, con intención de reunirse más tarde. A fin de cuentas, la motora no es tan grande como para que dos polizontes puedan esconderse fácilmente. Quizá acordaron reunirse después, es decir, primero se marchó ella y luego se iría él.

—Pero adonde fue Randy fue al pozo de los caimanes.

Mac Loy se estremeció.

—¿Cómo lo pasó usted? Porque si no se usa el puente, hay que pasar a nado…

—Los narcoticé. Derramé en el agua diez litros de concentrado de narcótico. Los que estaban más cerca, se durmieron casi en el acto. Los otros, a medida que llegaban, puesto que, lógicamente, el narcótico se extendía más y más en el foso.

—Es usted un tipo muy listo, señor Malone. Pero, sin embarcación, ¿cómo se va a llevar a las chicas?

—Tenía preparado un medio para una retirada rápida, pero no contaba que la cosa resultase tan urgente. Y no puedo avisar por radio… ¿Hay alguna emisora en la isla?

—Le sorprenderá, pero no la hay. El señor Caldwell sólo recibe emisiones de televisión de la costa, y ello para que las chicas se distraigan. Él ni la mira siquiera. En cuanto a nosotros, la prohibición de hablar a las chicas, o de conquistarlas, o de intentar siquiera un devaneo, es absoluta. Y, créame, entre Deane, Wehler y un par de ellos más, que les son absolutamente fieles, se encargan de que la orden se cumpla.

—Debe resultar muy duro ver a tantas bellezas y no poder robarles siquiera un beso.

Mac Loy suspiró.

—Terriblemente duro. Y eso que tengo echado el ojo a una de ellas, Jenny Phyles… Una verdadera belleza, créame, señor Malone.

Los ojos del joven escrutaron el rostro de Mac Loy. Entonces, con gran sorpresa por su parte, Malone descubrió que Mac Loy era un hombre de color.

Y, probablemente, bastante culto, a juzgar por su acento y algunas de las frases que había pronunciado. Pero esto no tenía importancia en aquellos momentos, se dijo.

—Mac, ¿qué son esa especie de faros que sobresalen del borde de la muralla hacia arriba? —preguntó de repente.

—Una especie de emisores de ondas de altísima frecuencia, con un amperaje muy bajo. El señor Caldwell no quiere insectos en la isla. Parece ser que esa barrera invisible protege la fortaleza contra los bichitos que puedan llegar volando o en alas del viento. En cuanto a los árboles y las plantas, son fumigados constantemente. El señor Caldwell es un maniático de la higiene. Creo, incluso, que vive en una campana de cristal o algo parecido, aunque no puedo asegurárselo, porque no lo he visto.

—Entendido. Mac, para escapar de aquí rápidamente, y puesto que ahora no disponemos de la motora, ya que no vendrá hasta pasado mañana, yo había pensado en otro método…

—Sí, ya me lo ha dicho antes. Pero hay siete u ocho mujeres y no se puede siquiera soñar en construir una balsa, cuando la costa más cercana está a ciento diez millas.

—Lo sé. Por eso tendremos que aguardar el regreso de la motora, para dar una especie de golpe de Estado y apoderamos de la isla y de la embarcación. Yo me esconderé en el tanque de agua, pero mis provisiones se agotarán a mediodía.

—Descuide —contestó Mac Loy—. A la noche, encontrará un paquete con comida en uno de los arbustos, en dirección norte, con respecto al eje de la columna que sustenta el depósito de agua.

* * *

Llegó la noche. Malone se preguntaba si no resultaría útil dar su *golpe de Estado* antes de que llegasen Deane y Wehler, el jefe de guardianes.

En cuanto se hizo la oscuridad, bajó del tanque y buscó las provisiones. Comió un par de bocadillos, con magnífico apetito, y luego se deslizó sigilosamente hacia el pabellón donde estaban alojadas las chicas.

De pronto, vio luz en una de las ventanas de la residencia privada de Caldwell. Atraído por la curiosidad, se acercó a aquella ventana. Las cortinas estaban corridas, pero dejaban una rendija que le permitía atisbar lo que sucedía en el interior.

Un insólito espectáculo le dejó poco menos que pasmado. Caldwell, casi completamente desnudo, a excepción de un breve slip de baño, estaba sentado en una cama de aspecto espartano, comiendo algo con la ayuda de una cuchara. El plato estaba en su mano izquierda, pero no fue esto lo que asombró a Malone, sino el hecho de que el excéntrico individuo estuviese encerrado en el interior de un enorme cajón de cristal, de forma cúbica, que no mediría menos de cuatro metros de lado.

Había una especie de esclusa en una de las paredes transparentes, por medio de la cual entraban los alimentos en el cajón. Malone vio también lo que parecía ser un esterilizador de radiaciones ultravioleta, para evitar el paso de gérmenes contaminantes al interior del cubículo. Frente a éste se hallaba una mujer de unos treinta y cinco años, de buena estatura y formas generosas, en pie junto a una mesita con el servicio de cena.

Aquélla debía ser Helena Rochen, pensó Malone. Tenía el pelo negro, peinado muy tirante y recogido en un moño en la nuca. Resultaba atractiva, pero sus facciones eran duras y su expresión era la de un águila en el momento de divisar la presa. Vestía discretamente —«como corresponde a un ama de llaves», se dijo Malone—, pero era evidente que le habría gustado usar ropas más llamativas, que hicieran resaltar los atractivos contornos de su cuerpo.

Malone estudió después a Caldwell. Terriblemente sorprendido, se dio cuenta de que el excéntrico millonario tenía el rostro de un joven de no más de veinticinco años. En cambio, el cuerpo parecía pertenecer a un hombre de sesenta o más años.

La voz de Caldwell resonó de pronto:

—Helena, quiero que dé más intensidad al esterilizador. Este trozo de carne que veo desde aquí parece terriblemente contaminado.

CAPÍTULO XI

Caldwell hablaba a través de un micrófono de pie, movible, instalado junto a la cama. Malone advirtió también un potenciómetro, que le permitía elevar el tono de la voz. Entonces comprendió por qué a Caldwell le había oído siempre a través de la red de altavoces que debían estar instalados en lugares estratégicos y siempre disimulados.

También había una consola con varias pantallas de televisión. Malone tomó en cuenta el detalle. Desde el cubículo, Caldwell podía vigilar la isla —o la mayor parte de la isla—, y lo que él no veía en persona era advertido por sus fieles esbirros.

Había, sin embargo, una duda que atenazaba al joven. Si Caldwell vivía permanentemente en el cubículo, ¿cómo lo había visto en el sótano, cuando Penny McCloud murió desintegrada?

Siguió observando. Caldwell terminó de cenar. Helena le entregó un paquete, envuelto en una caja de cartón sellada.

—Estaré en el laboratorio —dijo Caldwell—. ¿Ha dado la droga a Jenny Phyles?

—Se la daré ahora, mientras duerme, señor —contestó Helena—. ¿Algo más?

—No, eso es todo. Las espero allí dentro de sesenta minutos.

—Muy bien, señor.

Malone escapó de la ventana. Ya había oído bastante.

Jenny, la hija de Pompeyo, corría un gravísimo peligro.

Era preciso salvarla antes de que fuese demasiado tarde. Momentos más tarde, arañaba el cristal de la ventana de Cindy.

La muchacha abrió casi de inmediato.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Creí que no…

—He estado viendo cosas —dijo Malone—. Pero ahora no tenemos tiempo que perder, Cindy. ¿Sabe usted cuál es la habitación de Jenny?

—Sí, desde luego.

—Bien, guíeme allí. Helena va a darle una droga para llevarla al laboratorio de Caldwell.

Ella le guió hasta la puerta. Malone abrió un poco, pero, apenas lo había hecho, cerró de nuevo.

—Ya está ahí —susurró.

Cindy sintió un escalofrío. Malone volvió a abrir. Casi al otro lado del pasillo, divisó a Helena, con una bandejita en la mano.

Helena abrió una puerta y desapareció en su interior. Malone salió y corrió de puntillas hasta aquella puerta. Cindy le siguió, con el mismo sigilo.

El joven abrió lentamente. De espaldas a él, Helena, con una jeringuilla en las manos, la aguja en alto, comprobaba la carga, a fin de que no quedase aire en el interior. La bandeja estaba sobre una mesita.

Acto seguido, Helena tomó un algodón empapado en alcohol. Cuando frotaba el brazo de Jenny, que estaba completamente dormida, sintió el contacto de algo frío y duro en la piel de su cuello.

—Quieta —susurró Malone—. Un solo movimiento, una voz, y le parto la columna vertebral de un tiro.

* * *

Helena se sobresaltó terriblemente. Intentó volver la cabeza, pero el revólver presionó con más fuerza todavía en su cuello.

Hubo una pausa de silencio. Con la mano izquierda, Malone se apoderó de la jeringuilla y la puso sobre la bandeja.

—Vuélvase, señora Rochen.

Helena giró sobre sus talones. La furia más absoluta brillaba en sus negras pupilas.

—Así que usted es el intruso —dijo.

—Servidor —sonrió Malone.

De repente, Helena pareció darse cuenta de la presencia de Cindy en el dormitorio.

—Ella está despierta —exclamó.

—Ya despertó anoche —dijo Malone—. Pero no alce la voz;

sentiría muchísimo tener que abrir un agujero encima de su lindo, aunque ahora tapado, ombligo.

—Le matarían…

Malone rió desdeñosamente.

—Nunca se ha levantado un muerto para burlarse de su matador, cuando éste ha muerto también —contestó.

Helena comprendió el sentido de la respuesta y se mordió los labios.

—Está bien —dijo—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—En primer lugar, ¿qué hay en esa jeringuilla?

—Eso podría explicárselo muy bien el señor Caldwell, cosa que dudo acceda a hacer —respondió Helena, con voz tirante.

—Nos lo explicará —aseguró Malone—. He observado una cosa, señora Rochen. La cara de Caldwell es la de un muchacho de veinticinco años. En cambio, su cuerpo parece viejo, gastado… ¿Qué es lo que busca ese chiflado? ¿Una juventud eterna y no solamente en las facciones?

Helena se encogió de hombros.

—Pasó cuarenta años de su vida dedicado a amontonar dinero —contestó—. Ahora le sobra.

—Para recobrar lo que perdió en ese duro trabajo de amontonar los millones, ¿eh?

—Eso parece.

—No iba a disfrutar de ese dinero —rezongó el joven—. Cindy, necesito de su ayuda para despertar a Jenny.

—Sí, lo que usted diga, Kent.

Malone echó mano al bolsillo posterior de sus pantalones. Pensaba sacar el gas estimulante y entregárselo a la joven, pero, inesperadamente, convertida en una auténtica furia, Helena cargó contra él.

* * *

Cindy lanzó una exclamación. Malone cayó al suelo. El revólver quedó a dos palmos de sus pies.

Helena se arrojó sobre el arma. Malone reaccionó y pegó una patada al revólver, lanzándolo bajo la cama.

Se oyó un rugido, que más parecía salido de la garganta de una fiera que de la de una mujer. Malone hizo una rápida contorsión y se puso en pie.

El filo de una mano buscó venenosamente su tráquea. Malone apenas si tuvo tiempo de echarse hacia atrás. Sorprendido, se preguntó dónde podría haber aprendido Helena aquellos trucos de lucha.

Helena cargó nuevamente contra él. Malone saltó a un lado y, agarrándola por el moño, la hizo incorporarse de un tirón. Helena lanzó un grito de angustia, cortado casi en el acto, cuando, de un modo práctico, destinado a terminar la lucha en el plazo más breve posible, Malone conectó el puño derecho a su mandíbula.

Se oyó ruido de vidrios rotos. Helena cayó de rodillas, apoyando las manos en el suelo. Luego se tendió de costado, no inconsciente por completo, aunque sí aturdida y sin capacidad de reacción.

Vagamente, Malone entrevió sangre en una de las manos de Helena, pero no hizo caso.

—¡Qué mujer! —suspiró, mientras se limpiaba el sudor de la frente con el brazo.

Luego se acercó a la cama y lanzó un chorro de gas estimulante al rostro de Jenny Phyles.

—Ocúpese de ella, Cindy.

—Está bien, Kent.

Malone quitó sin el menor rubor las ropas de la cama. Rasgó la sábana, hizo tiras y ató y amordazó fuertemente a Helena.

Cuando terminó, Jenny estaba despierta, aunque algo aturdida todavía.

CAPÍTULO XII

La situación, en cierto modo, se había precipitado. Era el momento de dar *el golpe de Estado* y de apechugar con las consecuencias. No sabía qué clase de droga iba a pasar al cuerpo de Jenny, pero al ver que la joven corría un serio peligro, había decidido intervenir resueltamente.

Luego tendrían que resolver serios problemas, pero con Caldwell en su poder, y hallándose sus más fieles sicarios fuera de la isla, la solución resultaría fácil en cierto modo.

Salieron del pabellón. Malone se volvió hacia Jenny.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó, sonriendo en la oscuridad.

—Sí. Cindy me ha dicho algo…

Avanzaron unos pasos más. De repente, Malone tuvo una idea.

—Aguarden, muchachas —pidió.

Cindy se volvió y divisó a Malone, arrodillado en el suelo, haciendo algo que no podía comprender. Segundos más tarde, él le entregó un trozo de césped, del tamaño de un ladrillo, con tierra y raicillas incluidas.

—Téngalo en la mano hasta que yo se lo indique —ordenó—. Ah, y procure que Caldwell no se lo vea.

—Está bien.

Avanzaron unos pasos más. Llegaron a la puerta de la casa. Malone abrió.

Cruzó la gran sala y alcanzó la entrada del sótano. Hizo girar el pomo y escuchó con gran atención.

Caldwell canturreaba la misma canción que Malone había oído, cuando le vio recoger los huesos de Penny McCloud. Paso a paso, con el revólver en la mano, Malone inició el descenso, seguido por las dos muchachas.

Caldwell no se había dado cuenta todavía de su presencia. Estaba en un rincón del sótano, en el que se había instalado un gran

laboratorio químico, sentado ante un microscopio, con un gran libro de notas al lado.

Malone observó que Caldwell llevaba puesto una especie de mono de una sola pieza, de tejido muy brillante, con guantes y calzado incorporados. Sobre la cabeza llevaba una capucha transparente, no exactamente un casco de astronauta, aunque bastante parecida.

En la parte posterior de la capucha había una caja negra. Malone supuso que debía de ser un aparato esterilizador del aire que respiraba Caldwell.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, Caldwell pareció presentir que no estaba solo y alzó la cabeza.

Malone alzó también su revólver.

—Un solo movimiento y es hombre muerto —dijo.

La mandíbula inferior de Caldwell se aflojó y su boca se abrió estúpidamente.

—¿Quiénes…? —empezó a decir—. ¡El intruso! —chilló, comprendiendo súbitamente.

—Le he dicho que no grite o haré fuego —exclamó Malone.

Había oído perfectamente la voz de Caldwell. Seguramente, llevaba un micrófono pectoral, bajo el traje, conectado por algún diminuto emisor a los altavoces del interior del laboratorio, pensó el joven.

Caldwell se puso rígido.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó.

—He venido a llevarme a estas muchachas, con las cuales realiza usted horribles experimentos…

—No saldrá vivo de la isla. Y, a propósito, ¿quién es usted?

—Kent Malone, contratado por Hattie Grogan.

—Hattie está muerta —dijo Caldwell, despectivamente.

—Usted no quería que ella fuese feliz. Merece morir de la misma manera que ella.

Caldwell irguió el torso orgullosamente.

—¿Yo? ¿Morir yo? Usted está loco, Malone. Cuando sus nietos sean polvo en la tierra, yo estaré vivo todavía —exclamó.

Malone empezó a comprender parte de los motivos que inducían a Caldwell a actuar de tal manera.

—Pero no lo ha conseguido —manifestó Malone.

—¿No? —Caldwell se burló del joven—. Mire mi cara. Tengo sesenta y seis años y parezco un joven de veinticinco. ¿Cree que esto no es un triunfo?

—¿Qué me dice del cuerpo? Le he visto en su cubículo de vidrio y créame, parece el de un hombre aún más viejo que lo que es usted realmente.

Caldwell soltó una risita, a la vez que se aporreaba el pecho con una mano.

—El ánimo está más fuerte de lo que usted cree —contestó, despectivamente.

—Cuidado, no se pegue tan fuerte, que va a toser —dijo Cindy, en son de burla.

Malone lanzó una risita. Caldwell se enfureció.

—Ahora mismo voy a llamar…

El revólver de Malone se apoyó bruscamente en el estómago del millonario.

—Jenny, acérquese y quítele el cinturón —ordenó—. Cindy, tú sigue como estás.

La hija de Phyles obedeció. Había algunos cables que pasaban al interior del traje desde el cinturón y Jenny los rompió a tirones.

—Ya está, señor Malone.

—Muy bien —dijo el joven—. Y ahora, Caldwell, usted nos va a permitir que le retengamos prisionero hasta que vuelvan Deane y Wehler. Entonces me iré con todas las chicas. Y la motora, naturalmente.

—No se marcharán…

—Vamos a salir de aquí —cortó Malone—. Y usted ordenará a todos sus guardias que depongan las armas. Cuando lleguen los dos que faltan, yo me encargaré de ellos.

Caldwell hinchó el pecho.

—Haga lo que quiera, pero no obedeceré —dijo, resuelto.

Malone volvió a reír. De repente, alargó la mano izquierda y, en un par de tirones, le arrancó la capucha transparente.

Caldwell lanzó un aullido de rabia.

—¡Cindy! ¡Actúa! —ordenó Malone.

La muchacha comprendió en el acto lo que quería Malone y enseñó el terrón de césped, acercándolo a la cara de Caldwell. El dueño de la isla chilló aterrorizado.

—¡No, no! ¡Quítenme eso de encima!… ¡Hay gérmenes…, millones de microbios y bacterias nocivas!… ¡Me matarán…, moriré intoxicado, contaminado!…

—Es usted un estúpido —le apostrofó Malone, crudamente—. Un tonto fanático de la higiene…

—Es que así viviré… —gimió Caldwell.

—¿Y quién querría vivir en esas condiciones, encerrado siempre en una caja de cristal o en un traje hermético? Vamos, camine; quiero ver cómo sus guardianes deponen las armas.

—Eso va a resultar un poco difícil, amiguito —sonó de repente una voz inesperada—. Le estamos apuntando con una pistola ametralladora y, a menos que suelte el revólver, recibirá una muy contaminante lluvia de plomo.

* * *

Malone abrió los dedos de la mano, a la vez que alzaba los brazos. El revólver cayó al suelo.

Caldwell se precipitó a recoger la capucha, que se puso inmediatamente.

—Me voy a mi cuarto —dijo—. Allí me desinfectaré en unos momentos. Vayan luego a recibir órdenes.

—Está bien, señor Caldwell.

Las muchachas permanecían inmóviles. La voz de Deane sonó de nuevo:

—Parece ser que no nos esperaba tan pronto —dijo—. Vuélvase, amigo.

Malone obedeció. Wehler, de mediana estatura y cuerpo cuadrado, sostenía con las dos manos una pistola ametralladora.

Deane sonrió perversamente.

—Cayó al intentar introducirse en una propiedad privada —dijo.

Cindy dio un paso hacia adelante.

—Tendrán que matarnos a nosotras —exclamó—. De otro modo, un día u otro diremos lo que pasó aquí.

—¿Vivirán lo suficiente para salir de la isla?

Un helado silencio descendió sobre el laboratorio. Jenny se tapó la cara con las manos.

—A nosotras nos matarán también… Nos arrojarán a los cocodrilos…

—Caimanes, caimanes —rectificó Deane, burlonamente—. Pero ustedes dos no irán a parar al foso. Tienen que servir para algo de mayor utilidad que alimentar a esos bichos.

—Rejuvenecer a Caldwell —dijo Malone.

—Sí.

—¿Cómo lo consigue?

Deane se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó—. Él lo aprendió de un científico medio chiflado, el doctor Wykowski, que murió en un desgraciado accidente.

—Ah, se cayó al foso.

—Sí. —Deane sonrió turbiamente—. Era un sabio, pero no tenía sentido de la medida con el alcohol. Una noche se emborrachó y, lo crea o no, subió a lo alto de la muralla para insultar a los caimanes.

—Perdió el equilibrio y se cayó. Aunque tal vez alguien le ayudó a perder el equilibrio.

Los ojos de Deane chispearon.

—Es usted muy peligroso, Malone —calificó.

—Ah, conoce mi nombre —dijo el joven.

—Lo he oído de labios de otra persona. Usted la ató, pero nosotros hemos conseguido liberarla.

—Ya —murmuró Malone—. De modo que Caldwell, para rejuvenecer, sigue el método del doctor Wykowski.

—Sí, desde luego. Bien, ¿vamos ya?

—Al foso de los leones…, perdón de los caimanes.

—Exactamente —corroboró Deane, con espantosa frialdad.

La estatuilla de Skantha latió de pronto sobre el pecho de Malone.

CAPÍTULO XIII

Salieron al exterior. Deane dio una orden:

—¡Enciendan todas las luces!

El jardín se iluminó casi en el acto. Varios guardias armados avanzaron hacia el grupo.

—Vigilen a las chicas —indicó Deane.

Dos vigilantes se destacaron, encañonando a Cindy y a Jenny con sus metralletas. Con el rabillo del ojo, Malone, muy aliviado, se dio cuenta de que uno de los guardias era Harry Mac Loy.

—Hans, al puente —dijo Deane.

—Muy bien —contestó, con voz gutural, el hasta entonces silencioso Wehler.

Una metralleta empujó a Malone por la espalda. El joven empezó a andar. Deane se había situado a su lado.

Wehler se adelantó. A la luz de los reflectores, Malone se dio cuenta de que se acercaba a la puerta. Había allí un cuadro de mandos y manipuló en una serie de palancas.

La puerta se deslizó a un lado, escondiéndose en el muro, que en aquel sector era anormalmente espeso. Inmediatamente, Malone vio que el puente levadizo empezaba a tenderse de orilla a orilla.

Era plegable y no telescópico, como había sospechado en un principio. Pero el resultado iba a ser el mismo.

De pronto, Deane se pegó una palmada en la frente.

—¡Caramba, si olvidaba lo principal! —exclamó—. Aguarden aquí un minuto y no les pierdan de vista.

Deane corrió hacia la casa, para regresar a los pocos minutos, armado con una cámara cinematográfica.

—Será interesante reproducir más tarde ciertas escenas —dijo, sin abandonar por una sola vez su sonrisa de burla.

Malone le miró fijamente.

—Burl, dígame, ¿cuánto saca usted de este asunto? Es decir,

usted y Helena…, y supongo que también Hans Wehler.

—Cállese —barbotó Deane.

—A los guardias les pagan cuatrocientos al mes. Usted no se conformará tan sólo con un poco más. ¿Ha ido ahora a algún Banco a engordar su cuenta corriente?

Ebrio de ira, Deane alzó la mano y golpeó a Malone en pleno rostro, derribándolo al suelo. El joven procuró no perder la serenidad.

—Es lo mismo —dijo—. Puede seguir pegándome, pero quizá alguno de sus secuaces piense que ha sido cómplice de unos cuantos asesinatos por una miseria, en tanto que usted, Helena y Wehler se van a hacer millonarios a costa de un pobre idiota, fanatizado por la higiene y el odio a la contaminación.

—¡Cállese, cállese! —gritó Deane, descompuestamente—. Cierre el pico de una maldita vez o…

—Burl, ¿disparo? —consultó Wehler, de pronto.

Deane hizo un par de inspiraciones, a fin de calmarse.

—No resultaría divertido ver cómo los caimanes devoran un hombre muerto —dijo—. Vamos, Malone, póngase en pie.

El joven obedeció. Wehler le empujó desconsideradamente con su metralleta.

Los reflectores externos habían sido encendidos también y su luz alumbraba el puente y los alrededores. Malone pudo ver los dorsos de un par de caimanes moviéndose perezosamente en las que ahora parecían negras aguas del foso.

Un guardia se destacó hacia el puente. Malone volvió la cabeza un instante.

Era Mac Loy.

Tenía que estar con las chicas. ¿Por qué las había dejado?, se preguntó.

De pronto, lo comprendió. Mac Loy estaba aguardando el momento de intervenir. La metralleta de Wehler estaba demasiado cerca de su cuerpo. Si Mac Loy hacía fuego, corría peligro de que Wehler le hiriera al dispararsele el arma por un movimiento reflejo.

Empezó a tensar sus músculos. Debía dar un salto inesperado y…

Repentinamente, un agudo grito sonó a lo lejos, desviando la atención de todos los presentes.

Malone creyó por un instante que Hattie Grogan estaba viva todavía.

Aquel grito:

—¡Burl, estoy pudriéndome viva!

* * *

Varias cabezas se volvieron en el acto hacia el lugar donde había sonado aquella voz llena de desesperación. Los reflectores que alumbraban el jardín permitieron ver la figura de Helena, que avanzaba torpemente hacia la puerta.

Helena se detuvo de pronto. Gritó algo, pero su voz se había hecho ya ininteligible.

Un hedor horrible se expandió en la atmósfera. Helena se detuvo de repente.

Había un banco de jardín a dos pasos y consiguió ganarlo con un desesperado esfuerzo. Una de sus manos se alzó en un gesto patético, como si pidiera socorro, pero, de repente, el miembro se desprendió y cayó al suelo.

La cara de Helena empezó a descomponerse. Parecía cera sometida a un intensísimo calor.

Asomaron los pómulos, horrendamente blancos. El pelo se desprendió en grandes mechones.

Ahora, Helena tenía la cabeza sobre el pecho. De pronto, la cabeza se desprendió de los hombros, rodó sobre sus piernas y cayó al suelo.

Una sustancia espesa, de color y olor nauseabundos, se deslizaba al suelo, llenando el aire con aquel hedor insoportable. Uno de los guardias, de repente, perdió el conocimiento y rodó por tierra.

Malone se dijo que debía aprovechar la ocasión. Todos los presentes tenían las miradas morbosamente fijas en la mujer que se deshacía en aquella horrible pasta semilíquida.

Wehler también contemplaba la disgregación de Helena. Malone no dejó escapar la ocasión.

El pie derecho se elevó con fuerza, lanzando al aire la metralleta. Wehler emitió un gruñido de ira. Casi en el mismo instante, un puño golpeó su mandíbula con tremenda fuerza,

arrancándole literalmente del suelo y haciéndole volar un poco por el aire, antes de zambullirse de cabeza en el foso hirviente de saurios.

Deane llevó la mano a la pistola que tenía al cinto. Mac Loy saltó hacia adelante:

—¡Quieto! ¡No se mueva!

Deane se inmovilizó. Malone se agachó y recogió la metralleta perdida por Wehler.

De súbito se oyó un grito angustioso:

—¡Socorro! ¡Sálvenme!

Malone volvió la cabeza un instante. Wehler nadaba furiosamente hacia la orilla. De repente, se le vio desaparecer.

Estuvo sumergido unos instantes. Emergió de nuevo, aullando de un modo indescriptible. El agua se agitaba y espumeaba a su alrededor.

Wehler se hundió para siempre. De pronto, Malone percibió un movimiento a su derecha. Alzó el cañón y apoyó la boca en el estómago de Deane, quien ya tenía la mano derecha en la culata de su pistola.

—Mac, desármele.

—Con mucho gusto, señor Malone.

—Por favor, llámeme Kent —rió el joven.

De pronto, se oyó un tétrico tamborileo. Los huesos de Helena, sin sus conexiones de carne, tendones y músculos, caían al suelo o esparcidos por el banco.

Algunos de los guardias sintieron que se les ponían los pelos de punta. Mientras, Mac Loy se apoderaba de la pistola de Deane y la guardaba en la pretina de sus pantalones.

—¿Qué hacemos con este sujeto, Kent? —preguntó.

—Vendrá con nosotros —decidió Malone—. Él nos guiará a las habitaciones privadas del loco que vive en esta isla. —Súbitamente, elevó la voz—: ¡Eh, ustedes, los demás vigilantes: les irá mucho mejor si tiran las armas al suelo!

Malone no pudo seguir hablando: una potente voz, le interrumpió agriamente:

—Estoy viéndolo todo en mis monitores de televisión. Señor Malone, Mac Loy, hay una ametralladora pesada que les está cubriendo. Dejen caer las armas o morirán acribillados

instantáneamente.

Malone se estremeció. Antes de que pudiera decir nada, se oyó otra voz en lo alto del muro:

—¡Así es, amigos! Yo estoy detrás de la ametralladora y les juro que si antes de cinco segundos no tienen los brazos en alto, abriré el fuego.

—Ernie —masculló Mac Loy—. Lástima, no debí haberme olvidado de ese sujeto.

Dejó caer la metralleta.

—Ernie ambicionaba el puesto de Wehler. Ahora lo tendrá —añadió, con acento lleno de amargura.

Deane saltó sobre él y le quitó el revólver. Luego, hecho una furia, le golpeó en la frente con el puño y el arma a un mismo tiempo. Mac Loy se desplomó fulminado.

—Es usted muy valiente para golpear a un adversario desarmado —dijo Malone, fríamente.

Deane avanzó hacia él, con la idea de repetir la acción, pero la voz de Caldwell le detuvo con una seca orden:

—¡Quieto, Burl! Ordene que encierren al guardia, con un centinela de vista. Y haga que el señor Malone venga a verme.

Deane hizo un gesto con la mano a los otros vigilantes, que ya habían recobrado sus armas.

—Ya lo han oído —dijo.´

CAPÍTULO XIV

Malone sentía en la espalda el contacto de la pistola de Deane, pero había otros sujetos armados en las inmediaciones y, además, Pike debía seguir sus movimientos con la ametralladora de 12,70. De otro modo, habría intentado desarmarle y no le hubiera resultado difícil.

Avanzaron lentamente hacia la residencia de Caldwell. De pronto, Ernie, desde lo alto del muro, gritó:

—¡Acuérdese de mí, señor Deane!

—Entendido, Ernie.

Malone siguió caminando. Se preguntó dónde podrían hallarse las dos muchachas. Era obvio que Mac Loy las había protegido, pero ¿dónde se encontraban en aquellos momentos?

Instantes después, entraban en la casa. El gran salón estaba brillantemente iluminado. Malone apreció que la puerta de acceso al subterráneo se hallaba cerrada.

Uno de los guardias entró con ellos.

—No le pierda de vista, Shackey —dijo Deane.

Se acercó a la puerta y tocó un botón. Luego, exclamó:

—Estoy aquí con el prisionero, señor Caldwell.

—Bien, aguarden unos momentos. Ahora estoy muy ocupado. Permanezca en todo momento al alcance de mi voz.

—Sí, señor.

Deane se volvió y agitó la mano. Malone fue empujado a punta de metralleta hasta un diván, en el que se sentó, mientras trataba de averiguar dónde habían podido esconderse Cindy y Jenny Phyles.

En aquellos momentos, las dos muchachas se hallaban en el interior del tanque de agua. Desde la altura, pudieron ver a Mac Loy que era llevado a uno de los pabellones, sujeto por dos de sus compinches.

Jenny se estremeció.

—Le van a matar…

Cindy apretó su brazo.

—Calma —dijo—. Nadie sabe que estamos aquí. Nuestra situación es buena para intentar salvarles.

—Sí, pero ¿cómo? No tenemos armas, ni sabemos manejarlas…

Extrañamente serena, Cindy respondió:

—Yo sé empuñar una pistola. Y cuando uno tiene una pistola en la mano, el que se encuentra enfrente no sabe si el otro sabe o no manejarla. Lo difícil es conseguir un arma…

Parte de la luz desapareció de pronto en el lado opuesto del tanque de agua. Cindy se volvió.

—Quieta, Jenny, no hagas el menor ruido.

Caminó de puntillas sobre la plataforma interior de servicio y se asomó a una de las aspilleras situadas en el lado opuesto. Frente a ella, a cuarenta pasos de distancia, había un hombre apoyado negligentemente en el muro.

Jenny se acercó a la joven.

—Es Ernie —susurró.

Cindy entornó los ojos.

—Tiene la ametralladora pesada, pero, por supuesto, no la vamos a usar nosotras. En cambio, podríamos apoderarnos de su revólver.

—¿Cómo, Cindy?

Hubo un momento de silencio. Al fin, Cindy musitó:

—Subiré a lo alto de la torreta.

—Oh, no, te mataría…

Cindy sonrió.

—Procuraré evitarlo. Pero es preciso dejar pasar un rato, a fin de que se descuide —contestó.

La mano de Jenny se apoyó de pronto en el brazo de su compañera.

—¿Has visto lo que le ha pasado a Helena? —preguntó.

—Sí, lo mismo que le ocurrió a Penny McCloud. Yo lo vi y te aseguro que no se me olvidará jamás en la vida. Jenny, todas las que decían haber concluido su contrato murieron en esta isla de la misma horrible manera.

En la sala, Malone simulaba un aburrimiento que estaba muy lejos de sentir.

—¿No tienen nada para que se distraigan los huéspedes? —exclamó de pronto, con acento trivial—. No pediré un trago, aunque sí, por lo menos, un cigarrillo…

Deane contestó con una gruesa interjección. Le fastidiaba esperar tanto rato.

—Está bien, Shackey, dale de fumar, pero no lo pierdas de vista —cedió de mala gana.

—Sí, señor.

Shackey sacó tabaco con una sola mano. Con la otra sostenía la metralleta, colgada de su hombro derecho por la correa.

Transcurrieron unos minutos. La figura de Ernie pareció inmovilizarse de un modo singular. Se habían apagado todas las luces exteriores y los mastines, alborotados y excitados hasta hacía poco, habían vuelto a tranquilizarse.

Cindy comprobó que Ernie no se movía y se separó de la aspillera.

—Está dormido de pie —dijo.

—Entonces, vamos —contestó la otra, resuelta.

Salieron del tanque, a cuyo escondite habían llegado por consejo de Mac Loy. La escalera de peldaños de hierro estaba situada en la zona de mayor sombra.

Descendieron lentamente. Luego, paso a paso, se acercaron a la ranura practicada en el muro y que permitía el acceso a la torreta, situada a doce metros de altura.

El silencio era absoluto. Peldaño a peldaño, sintiendo dentro de su pecho los violentos latidos de un corazón que se movía a ritmo superior de lo normal, Cindy fue ganando altura. De pronto, sus ojos alcanzaron el nivel del suelo de la plataforma.

Ernie estaba apoyado en el muro, con los dos brazos medio extendidos y las piernas ligeramente separadas. Su cabeza se había doblado sobre el pecho.

Cindy terminó de subir a la plataforma. Jenny quedó en la escalera, con la cabeza a ras del suelo de la torreta.

De pronto, Cindy tosió.

Ernie se despertó instantáneamente.

—¿Eh? ¿Qué…? ¿Qué haces aquí, chica? —preguntó.

Cindy sonrió provocativamente.

—Ya ves, me aburría y…

—Tú no puedes estar aquí —rezongó Ernie, que recordaba las órdenes severísimas que había recibido al respecto—. Anda, lárgate.

Cindy se fue al otro lado de la plataforma, dando un rodeo para evitar la ametralladora pesada, que estaba situada sobre su trípode.

—Tengo ganas de estar aquí; me gusta ver el mar…

Ernie lanzó un bufido. Luego caminó un par de pasos en sentido lateral, con objeto de seguir el mismo camino de Cindy, para alcanzarla y obligarla a abandonar la torreta.

Entonces, durante un segundo, quedó de espaldas al borde. Rápida como una centella, Jenny se irguió un instante, sin soltar el último peldaño, y, con una sola mano, agarró al sujeto el cinturón y tiró con fuerza.

Ernie emitió un grito de sorpresa. Jenny se encogió. El guardia, perdido el equilibrio, se precipitó en el vacío. Chocó un par de veces contra las paredes semicilíndricas de la grieta, rebotó y acabó estrellándose contra el suelo.

Jenny se deslizó velozmente hacia abajo. Cindy la siguió en el acto.

Cuando llegó al suelo, Jenny tenía ya una pistola en la mano.

Resueltas, las dos jóvenes rompieron la marcha.

* * *

La voz de Caldwell brotó de súbito por el altoparlante situado junto a la puerta:

—Burl, ya puede traer al prisionero.

—Muy bien, señor —contestó Deane, suspirando de alivio por considerar terminada la espera.

—¿Puedo irme, señor Deane? —consultó el guardia.

—Sí, ya no nos haces falta.

—Está bien.

La puerta se abrió. Malone se dio cuenta de que, cuando el dueño lo deseaba, podía abrir y cerrar desde el laboratorio.

El revólver de Deane apuntó malignamente a la cabeza del joven.

—Camine —dijo—. Y no olvide en ningún momento que las balas siempre son más rápidas que los músculos.

—Julio César —murmuró Malone, sonriendo.

—¿Cómo? —exclamó el otro.

—Nada. Digo que esa frase que acaba de pronunciar la dijo Julio César…

—Entonces no había pistolas, idiota. Los romanos no las usaban.

—Yo me refería a un amigo mío, que se llama Julio César Smith.

Deane lanzó una imprecación al ver que el joven se burlaba de él. Fue a golpearle en la cabeza con el revólver, pero logró contenerse oportunamente.

—Vamos, basta de charla —rezongó.

Malone empezó a descender la escalera. A los pocos instantes, divisó a una hermosa muchacha, escasamente vestida, sentada en un sillón y con los ojos cerrados.

Los rasgos de la joven eran netamente orientales, así como el color de su piel, marfileña, casi transparente. El pelo, intensamente negro, caía en ondulantes cascadas sobre su espalda.

—¿Otra víctima para conservar su juventud, señor Caldwell? —dijo Malone, irónicamente.

Los ojos de Caldwell relucieron coléricamente bajo la capucha transparente de su traje estanco.

—Esto no tiene ninguna gracia, señor Malone —gruñó—. Burl, ahí hay un sillón. Haga que se quite la ropa. Átelo después, de modo que no pueda moverse en absoluto.

—Está bien. Vamos, Malone, ya ha oído.

—Por supuesto.

Malone se quitó la camisa y los pantalones cortos, quedando solamente con un slip. Luego, con entera mansedumbre, se sentó en el sillón señalado y dejó que Deane le atara al respaldo con una cuerda.

La estatua de Skantha latía cálidamente sobre su pecho. Deane observó el amuleto un instante y alargó la mano para romper el collar de fibra, pero, de pronto, la retiró y emitió un gruñido.

—Listo, señor Caldwell —anunció.

CAPÍTULO XV

Caldwell preparó una jeringuilla. Malone se dio cuenta de que era bastante grande; al menos cabían en el tubo de cristal treinta o cuarenta centímetros cúbicos.

—¿Puedo preguntar el objeto de estas operaciones? —solicitó Malone, con toda cortesía.

—He decidido cambiar de método —contestó Caldwell, sin mirarle siquiera—. Es muy probable que la sangre de un hombre joven y saludable como usted sirva perfectamente para mis propósitos.

—Rejuvenecimiento celular.

—Algo por el estilo. Desde luego, la extracción de sangre no tiene otro objeto que realizar un completo análisis de su organismo. La… sustancia que me ha de rejuvenecer no saldrá precisamente de su sangre, sino que emplearé células sanas de otras regiones de su organismo. Pero antes, como comprenderá, necesito conocer el resultado de los análisis.

—Ya entiendo. Y usted cree que así conseguirá rejuvenecer.

Caldwell sonrió de un modo extraño.

—¿No ha visto mi rostro? —contestó.

Instantes después, se acercaba al joven.

—Relájese. Quiero extraerle sangre de la vena —ordenó.

—No hay inconveniente —dijo Malone.

La aguja perforó diestramente la piel. Malone contempló su sangre, trasvasada de la vena a la jeringuilla. Al terminar, Caldwell desinfectó con un algodón empapado en alcohol la zona del pinchazo y luego se retiró a una de las mesas de trabajo del laboratorio.

—¿Puedo llevármelo ya, señor Caldwell? —consultó Deane.

—No tenga tanta prisa, Burl —exclamó el prisionero—. Antes tengo ganas de charlar con el dueño de Tower Island.

—Puede hablar todo cuanto guste —murmuró Caldwell—. No le negaré ese último capricho.

—Es usted enternecedoramente generoso —dijo Malone, con cáustico acento—. Esto que hace, ¿se lo enseñó el doctor Wykowski?

—Sí, era un excelente científico, aunque algo aficionado al alcohol —respondió Caldwell—. Pero, por si no lo sabía, le diré que yo, en mi juventud, me gradué en ciencias químicas. Lo que sucede es que, después, me dediqué a los negocios…

—La química ha cambiado notablemente en cuarenta años —alegó Malone.

—Lo sé, pero yo me he puesto al día. Quise ser rico y trabajé hasta conseguirlo. Ahora quiero ser joven otra vez…

Malone volvió los ojos hacia la muchacha dormida.

—¿Qué papel pinta esa chica en este escenario? —preguntó.

—Quizá ninguno ya. Usted la va a sustituir.

—Ya. Entonces… no morirá podrida como Penny McCloud.

—Por ahora.

Malone se estremeció.

Aquel sujeto no tenía entrañas. Era capaz de las más espantosas abyecciones por conseguir retomar a una juventud perdida hacía ya muchísimos años.

—Una chica consiguió escapar de aquí —dijo.

—Lo sé. Me asombra que hubiera llegado viva a Palm Beach —contestó Caldwell, con indiferencia.

—Así pues, cuando una de las chicas ya no sirve para proporcionarle células revitalizadoras…

—Nadie puede salir vivo de aquí; me refiero a todo el que no es mi colaborador incondicional. —Caldwell estaba haciendo una preparación microscópica sin dejar de hablar—. Lo siento, pero ésa es la ley de Tower Island.

—Es la ley de la muerte en vida —murmuró el prisionero—. Señor Caldwell, ¿podría hacerle una pregunta o dos más?

—Oh, claro, claro; no va a repetir a nadie lo que yo le diga…

—¡Qué complaciente! —dijo Malone, sarcásticamente—. Por favor, ¿desde cuándo está realizando usted estos experimentos? Quiero referirme al momento en que empezó usted con el doctor Wykowski.

—Oh, unos tres años, aproximadamente. Hablé con Wykowski largamente del problema y él me dijo que podría solucionarlo. Por eso compré Tower Island y construí todas estas edificaciones. Soy muy rico, ¿lo sabía usted?

—Sólo un archimillonario podría permitirse un lujo semejante. Y, dígame, ¿cuánto tiempo hace que murió Wykowski?

—Oh, un año, quizá algo más… Pero ¿a qué diablos vienen todas estas preguntas, Malone?

—Si usted está seguro de que no voy a repetir a nadie lo que se hable aquí, ¿por qué no contestarlas?

Caldwell hizo un gesto ambiguo.

—Está bien —gruñó—. ¿Algo más?

—Sí. Según usted, Wykowski le enseñó el procedimiento para rejuvenecer, mediante extractos de células humanas de personas jóvenes y saludables. ¿No estuvo usted nunca enfermo en Tower Island?

Caldwell frunció el ceño.

—Sí, hace cosa de año y medio, aproximadamente —contestó—. Fue una enfermedad gravísima, que me tuvo al borde de la muerte. Es preciso convenir que Wykowski me curó abnegadamente y gracias a él salvé la vida.

—Es extraño. Un hombre que se cuida tanto como usted, que evita de un modo casi absoluto la menor contaminación ambiental…

—Fue a partir de entonces cuando instalamos los proyectores de ultrafrecuencia que eliminan los gérmenes nocivos ajenos a la isla.

—Una idea de Wykowski, por supuesto.

—Sí, era un genio. Lástima que se emborrachase y cayera al foso de los caimanes.

—Verdaderamente, fue una lástima. Dígame, señor Caldwell, durante su enfermedad, ¿permaneció algún tiempo inconsciente?

—Oh, sí, según Wykowski, varias semanas. Pero me levanté muy bien, en un magnífico estado de salud, sólo las piernas algo flojas, por la falta de ejercicio. Wykowski me dijo que había aprovechado la enfermedad para iniciar la primera fase de mi rejuvenecimiento, ya que de este modo no sólo había logrado sanarme, sino dar comienzo al tratamiento, con pleno éxito, repito, en la primera fase.

—Por supuesto, con la ayuda del bisturí. Y de los anestésicos,

consumidos en cantidades industriales.

Caldwell abandonó el microscopio y se volvió lentamente hacia el joven.

—¿Qué es lo que quiere decir, Malone? —preguntó.

—¡Cállese, charlatán! —rugió Deane.

—Usted es el que se va a callar, Burl —dijo Caldwell, autoritariamente—. Vamos, Malone, explíquese.

—Es muy sencillo, señor Caldwell. Usted no tiene la cara de un joven de veinticinco años gracias a los procedimientos médicos de Wykowski, sino porque éste era un magnífico cirujano y le practicó la cirugía estética en el rostro.

* * *

Un profundo silencio gravitó repentinamente sobre el laboratorio. Los ojos de Caldwell iban y venían de Deane a Malone y viceversa, muy abiertos, como expresando lo que sentía su dueño, quien se negaba a dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Quiere… decir que… que me han engañado? —balbució.

—Exactamente, le han engañado —corroboró Malone, sin pestañear.

Deane le apuntó con el revólver.

—Condenado bocazas —aulló—. Ahora mismo…

Un disparo sonó de repente en lo alto de la escalera. Deane lanzó un aullido y salió rebotado contra una de las mesas de laboratorio. Manoteando desesperadamente, derribó un par de frascos, que cayeron al suelo, rompiéndose en mil pedazos. Deane cayó encima de los trozos de vidrio, gateó, se hirió en las palmas de las manos y, al fin, aunque torpemente, consiguió ponerse en pie, con uno de los hombros lleno de sangre, a consecuencia del impacto del proyectil.

—¡Bravo, chicas! —gritó Malone.

—¡Kent! —exclamó Cindy, corriendo apresuradamente hacia el joven.

Pero Malone, súbitamente, se puso en pie. Las ligaduras cayeron al suelo.

—Estoy indecoroso —dijo. Y empezó a vestirse

apresuradamente, a la vez que lanzaba una advertencia—: Cuidado con esos vidrios, no vayan a cortarse los pies, muchachas.

Caldwell permanecía como anonadado por la revelación de que había sido objeto. Deane se quejaba sordamente y, encañonado por Cindy, no se atrevía a hacer el menor movimiento.

De repente, Malone se fijó en el rostro de Jenny Phyles.

—¡Dhamila! —gritó.

—¿Cómo dice, señor Malone? —preguntó la muchacha de color.

Malone se pasó la mano por la cara. Durante un segundo, había tenido la sensación de hallarse frente a Dhamila, cuando se le apareció bajo la figura de una joven de singular hermosura.

—No, ha sido… Bueno, no importa ahora. Caldwell, creo que su juego se ha terminado.

—Todavía queda gente fiel arriba —dijo Deane hoscamente—. Ernie vendrá…

—Ernie ha muerto —cortó Cindy, secamente.

Deane se estremeció. Mientras, Malone se encaraba con el millonario.

—Quítese ese traje, no le sirve absolutamente para nada —dijo —. Y escuche algo que voy a decirle, con toda atención. Es probable que sean suposiciones mías, pero creo que hay el noventa y nueve por ciento de probabilidades de que se trate de una cosa real. Le estafaron, se burlaron de usted, le proporcionaron todo lo que pedía, aprovechándose de su inmensa riqueza. Usted ansiaba la juventud, como todo el que llega a su edad, pero topó con unos desaprensivos, empezando por el propio Wykowski, el cual le engañó con la supuesta enfermedad, que no era otra cosa que la convalecencia de su operación para rejuvenecerle la cara. Tal vez Wykowski había descubierto algo interesante… Por ejemplo, la sustancia que provoca la putrefacción del cuerpo humano en días…, o en horas, o tal vez en minutos, pero no una verdadera droga de la juventud.

»Aún más. Yo diría que Wykowski murió por su afición a la bebida y porque podía hablar demasiado algún día. ¿Qué es lo que podía decir? Simplemente, el trasvase de dinero de la cuenta corriente de Morton Caldwell a la de un grupo de desaprensivos, encabezados por Burl Deane y su amiguita, Helena Rochen, con la colaboración de Wehler, Ernie y algún otro. Y, mientras tanto, unas

chicas engañadas venían aquí a morir de la manera más horrible que se pueda imaginar. Ésa es toda la verdad, le guste o no, señor Caldwell —concluyó Malone, en medio de un silencio absoluto.

CAPÍTULO XVI

El silencio duró todavía unos instantes. De pronto, Caldwell agarró la capucha transparente y se la arrancó de un tirón.

—Me han engañado, me han engañado… —repitió, quejumbrosamente, como un niño reprendido—. No me volveré joven…

—No, eso está muy lejos de conseguirse todavía, pese a los adelantos científicos de hoy día. Se puede mejorar el estado general del organismo, una vida sana, descanso, ausencia de preocupaciones, alimentación bien estudiada…, pero no volver a los veinticinco años, cuando se tienen cuarenta o cincuenta más.

Caldwell echó a andar torpemente hacia la escalera. Cindy dio un paso adelante, pero Malone extendió el brazo y la detuvo.

—Déjalo —murmuró.

Con voz un tanto débil, Deane preguntó:

—¿Qué van a hacer conmigo?

Malone miró los trozos de vidrio que yacían por el suelo. La mano derecha de Deane estaba en su hombro izquierdo. La izquierda permanecía caída, sangrando por los cortes producidos al contacto con los cristales.

—Tiene usted muchos crímenes de qué responder —dijo al cabo —. Pero usted, supongo, no tomaba nunca el narcótico que hacía dormir a las chicas durante la noche.

—No, nunca lo tomé —contestó el individuo, orgullosamente.

—Y Helena Rochen, tampoco.

—Claro. Nosotros no necesitábamos…

—Es probable que ese narcótico contuviera sustancias retardadoras del efecto que producía la droga causante de la putrefacción. ¿No se dio cuenta de que Helena se pudrió viva en pocos minutos?

Un terrible estremecimiento sacudió el cuerpo de Deane.

Sus ojos bajaron un instante a los vidrios que yacían dispersos sobre el suelo. Malone temió que fuese a arrojarse contra él y se dispuso a rechazar el ataque.

Pero Deane no hizo nada de lo que esperaba. Un horrible alarido brotó repentinamente de su garganta.

Cindy, de modo instintivo, se refugió en los brazos de Malone. El joven se hizo cargo de la pistola.

Deane echó a correr hacia la escalera. Parecía haber enloquecido.

Malone se lanzó detrás del sujeto. Las chicas le siguieron.

Alguien había encendido las luces del patio. Los vigilantes permanecían a la expectativa, aunque irresolutos.

—¡Dejen caer las armas! —gritó alguien de pronto.

Mac Loy, con la frente ensangrentada, surgió de uno de los pabellones, armado con una metralleta. Jenny, lanzando un grito de alegría, corrió a su encuentro.

—Conseguí sorprender a mi guardián… —explicó Mac Loy.

Jenny le miró arrobada.

—Estás libre, querido —dijo.

—Sí…, pero mira…

Los reflectores iluminaban la figura de Caldwell, que se paseaba melancólicamente por el jardín, ajeno a cuanto ocurría a su alrededor. Ni los gritos ni las voces conseguían sacarle de su abstracción.

Deane saltó sobre él y le asió por un brazo.

—¡Escúcheme! —gritó.

Caldwell le miró con ojos vidriosos.

—No seré joven, no seré joven… —dijo varias veces seguidas, repitiendo la misma frase con una especie de infantil obsesión.

—¡No, nunca serás joven, viejo asqueroso! —gritó Deane—. Ni tampoco vas a vivir mucho tiempo…

Deane tiró del brazo de Caldwell, quien se dejó llevar sin oponer resistencia. Malone lanzó un grito:

—Deténgase, Deane; aquellos frascos contenían solamente agua destilada! ¡He leído los rótulos!…

Deane se volvió.

—¡Imbécil! —le apostrofó—. Era sólo una contraseña. Yo sé bien lo que contenían…

Su voz se quebró de pronto en unos trémolos extraños, como si la garganta se le hubiera llenado de burbujas de un líquido espeso. Pero todavía podía moverse.

Caldwell, en cambio, no sentía el menor deseo de ofrecer resistencia. En unión de Deane, atravesó la puerta y llegó al puente.

Cindy volvió la cabeza. No quería presenciar aquella horrible escena.

Deane se corrompía ya. Aun así, por un esfuerzo de su voluntad, seguía emitiendo unos rugidos inaudibles.

De repente, soltó a Caldwell y cayó al suelo. Allí se deshizo en una repugnante pasta oscura, de la que emergía el siniestro color blanco de los huesos.

Caldwell seguía en pie. Malone se dio cuenta de que sangraba junto al cuello. Tal vez Deane le había mordido… o arañado…

Venciendo su repugnancia, Malone se acercó al millonario. Caldwell seguía quieto, inmóvil, erguido en el centro del puente.

De pronto, Malone vio que la piel de Caldwell se volvía gris. En un instante, adivinó lo que iba a suceder.

Retrocedió.

Minutos más tarde, el traje aislante, sin capucha, sólo contenía una masa de carne corrompida y los huesos. Extrañamente, la cabeza, que había rodado a un lado, permanecía intacta, con su rostro juvenil, en el que ahora había una expresión de descanso y tranquilidad absolutos.

* * *

Mientras volvían en la motora a la civilización, Malone hizo una pregunta a Jenny Phyles.

—Tú conocías a Madre Dhamila, ¿no es así?

—Cierto —contestó la interpelada—. Es una mujer muy buena, con poderes mágicos…

—¿La conoces tú, Kent? —preguntó Cindy.

—Sí —respondió Malone. La estatuilla de Skantha latía suavemente sobre la piel de su pecho—. Un día de éstos te la presentaré. Pero, dime, Jenny…

—¿Sí, Kent?

—¿Pensaste alguna vez en Madre Dhamila?

—Oh, sí, muchas veces. Empezaba a ver allí cosas que no me gustaban. Aquellos guardias armados… Bueno, había alguno bueno, como Harry… y el pobre Lawton… Yo pensaba que si Madre Dhamila hubiese estado en Tower Island no hubiera permitido muchas cosas de las que pasaban allí.

«Telepatía, no hay duda —se dijo Malone—. Hay fenómenos de la mente que la razón no comprende y que, sin embargo, existen y se producen de forma irrefutable».

Y, en voz alta, habló:

—Tengo la vaga idea de que el nombre de Lawton no me resulta extraño. Tal vez Randy dijo a Hattie que me buscase en Nueva York, porque él sí debía conocerme, pero Hattie averiguó sin duda que yo estaba en el Coronet.

—Ya tenía en su cuerpo el germen de la putrefacción —se estremeció Cindy—. Por cierto —añadió, tratando de olvidar las horribles cosas que había presenciado—, tú estabas atado y te soltaste inexplicablemente…

Malone se echó a reír.

—Nada de inexplicablemente —contradijo—. En el interior del borde superior del slip tenía una fina cinta de acero, afilada por uno de sus bordes. La mano me permitió alcanzarla y fui cortando las cuerdas sin que nadie lo advirtiera.

—Eres un tipo listo —exclamó Cindy, contemplándole con admiración.

Malone la contempló críticamente.

—Tú eres soltera y estás libre —dijo.

—Sí —contestó ella.

—¡Hum! Me parece que por poco tiempo…

Jenny y Mac Loy rieron a poca distancia. En la proa de la embarcación, las otras chicas alborotaban con sus risas y sus comentarios de alegría, al verse lejos de un lugar funesto.

—Tengo entendido que eres un hombre que cobra muy caro por sus servicios —dijo Cindy—. ¿Quién te va a pagar la factura de esta misión?

Malone tocó con los dedos la estatuilla que llevaba sobre el pecho. Latía débilmente, con ligeras alternativas de calor y frío.

—Nadie —contestó—. Ya me dijeron lo que recibiría como

recompensa.

—¿Puedo saber qué es, Kent? —preguntó Cindy.

—Tú, preciosa.

—¡Oh! —exclamó ella, ruborizada hasta la raíz del pelo.

* * *

Algunas semanas más tarde, el señor y la señora Malone se dirigieron al Coronet para su luna de miel.

A la mañana siguiente de su llegada, Malone despertó. Cindy dormía todavía.

Sin hacer ruido, para no despertarla, Malone pasó al cuarto de baño y se dispuso a ducharse. Entonces, repentinamente, advirtió la falta del collar con la estatuilla de Skantha.

Perplejo, se mordió los labios. Estaba seguro de llevar puesto el collar de fibra al acostarse.

Pero, de pronto, sonrió.

No había que preocuparse por el collar. Tal vez estaba en poder de Madre Dhamila, quien lo entregaría a otro dispuesto a correr graves riesgos en alguna aventura que ni siquiera podía imaginar por el momento.

Él ya había hecho su labor. Y había recibido la recompensa anunciada: la felicidad.

La felicidad estaba en Cindy, su esposa.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.